7

El resto es gas

Los años de declive de Alfred Krupp coincidieron con el apogeo de las pequeñas guerras, y fue este encarnizado torbellino el que le encumbró, situándole como el industrial más poderoso de Europa. Según ha observado Winston Churchill, la guerra, que más tarde se hizo «cruel y sórdida», aún era entonces «cruel y gloriosa», y constituía la manera más sencilla de resolver las disputas internacionales. En los dieciséis años que mediaron entre la caída de París y la muerte de Alfred, el mundo se hallaba en un estado casi constante de hostilidad. Sin contar las insurrecciones, anexiones, golpes de Estado y crisis, no hubo menos de quince conflictos armados en los que se vieron envueltos Francia, Austria, Inglaterra, Rusia, Afganistán, Túnez, Italia, Eritrea, Sudán, Servia, Bulgaria, Montenegro, Perú, Bolivia, Chile, Uruguay, Brasil, Argentina, Paraguay, Turquía, Birmania y China. Por su parte, España estaba preocupada con lo que le quedaba de sus colonias del Nuevo Mundo. Hasta Estados Unidos se dedicaban a luchar contra los indios. Alemania era la única gran potencia que no estaba en guerra, y en el pacífico Ruhr, Alfred pudo estudiar los partes de guerra y aplicar las lecciones a sus talleres. Cada efusión de sangre servía como una nueva prueba. Además, la mayor parte de las contiendas proporcionaban una eficaz fuente de propaganda. Tras la guerra entre Rusia y Turquía, de 1877 y 1878, Krupp se procuró testimonios de ambas partes, y al año siguiente mandó una copia a cada uno de los miembros de la Cámara de los Comunes, por intermedio de Longsdon. Como consecuencia, en el Parlamento se preguntó por qué seguía Inglaterra apegada a Armstrong, cuando la mercancía de Krupp era de poder mortífero superior, y debido a la producción en masa, más económica (1).

Entre la variedad de productos *kruppsche* se contaban ahora cañones pesados, baterías de montaña, cañones de defensa costera y enormes obuses, todos los cuales podían ser abastecidos con los proyectiles de un nuevo taller, que producía mil granadas diarias. Hacia 1885, Krupp tenía empleados a unos veinte mil Kruppianer, a muchos de los cuales ni siquiera había visto. Sus proclamas tenían entonces un carácter imperial. Alfred hablaba de ellos así:

«Die angehörigen meiner Gusstahlfabrik und der meiner Firma Fried. Krupp gehörenden berg-und hüttenwerke.»

«El personal de mis fábricas de acero fundido, y de las minas y las fundiciones que pertenecen a mi firma de Fried. Krupp.»

Con una flota de barcos en Holanda, minas en España y agentes en todas las capitales principales, Krupp se había convertido en una institución internacional. A pesar de todo, el tamaño de la empresa seguía siendo algo que Alfred podía sopesar y palpar, y medía sus éxitos por el tamaño del equipo que había en su fábrica. Cuando el martillo pilón de vapor dejó de funcionar, introdujo Alfred varias prensas hidráulicas de cinco mil toneladas, y en las fotografías de Essen, en aquella época, uno se asombra ya ante la disparidad de tamaño entre los hombres y sus máquinas. Los Kruppianer, con sus bonetes azules parecían seres diminutos, no mayores que hormigas. Por todas partes había cadenas con eslabones tan grandes como las cabezas de los hombres. Se veían engranajes de tamaño doble al de un individuo, con dientes como un brazo y grúas cuyos remaches eran del tamaño de un puño. Las fieras forjas podían aspirar media docena de hombres con una respiración de los ardientes convertidores Bessemer.

Aunque sólo fuera como propaganda, Alfred estaba decidido a seguir siendo el mayor productor mundial de piezas de acero colado. En la feria del Centenario de Filadelfia, de 1876, Alfred exhibió un gigantesco eje para un buque de guerra alemán, así como siete cañones entre los que se contaba un leviatán que disparaba proyectiles de media tonelada por su boca de 35,5 cm. Hacía exactamente un cuarto de siglo desde que Krupp exhibiera en Londres su cañoncito de 6,5 cm de calibre, lo cual es indicio de lo rápidamente que la revolución industrial se había difundido por el Ruhr.

El leviatán de la feria de Filadelfia —«la máquina de matar de Krupp», como la llamaron los periódicos norteamericanos— no halló mercado en Estados Unidos. (Habría resultado inútil en la batalla de Little Bighorn, que contra los indios tuvo lugar en junio de aquel mismo año.) Alfred regaló la pieza al sultán de Turquía, siguiendo una costumbre que había demostrado ser muy eficaz en el pasado. Del mismo modo que el obsequio de su cañón de Londres al palacio de Potsdam había servido para obtener los primeros táleros del águila prusiana, así ahora el envío de las enormes piezas le proporcionaba sustanciosos dividendos. El ferrocarril en miniatura que había enviado a Li Hung-chang, le supuso un pedido de acero para la primera red ferroviaria de China, lo que mantuvo a los talleres en su capacidad máxima diaria de 500 llantas y otros tantos ejes, 450 ballestas y 1.800 raíles, en el momento en que los pedidos de Norteamérica comenzaban a aflojar. Pero Krupp tenía ahora trabajando para él mucho más de lo que podía prever su propio ingenio. Cada vez eran mayores los elementos que el Gobierno alemán ponía a su disposición. Un triunfo de Krupp se consideraba como una pluma más en el *Pickelhaube* del Reich, y un revés de La Firma era un bofetón a la prosperidad germana. Por otra parte, había pasado ya la época en que las ofensas al orgullo prusiano se pasaban por alto con un encogimiento de hombros. Hasta 1870, la imagen del alemán había sido la del *gemütlich* intelectual encarnado por el profesor Bhaer, afectuoso pretendiente de Jo, en *Mujercitas* (1868). Pero la aniquilación de la Francia imperial había dado a los vencedores una nueva y amenazadora arrogancia. Eran tiempos en que los soldados del kaiser corregían la «insolencia» de los civiles,

en Alsacia-Lorena, con castigos corporales, y cuando hasta las damas alemanas se bajaban de la acera para ceder el paso a un *Offiziere.* Como parte de la esfera militar, el prestigio de Krupp se identificaba con el sagrado honor del ejército, y era, por consiguiente, inviolable (2).

Así fue como un pequeño incidente producido en Servia fue aumentado hasta proporciones exageradas. Ya los servios eran el más difícil de los Estados balcánicos. Acababan de perder su rey a manos de unos asesinos, y aún no se había aplacado su cólera. En el extranjero habían firmado no menos de cuatro tratados militares secretos: con Montenegro, Rumania, Grecia y Austria, y durante la década de 1870 declararon dos veces la guerra a Turquía. Derrotado en todas las contiendas, Belgrado tenía deseos de mejorar su artillería, y con tal fin se hicieron algunas pruebas de rendimiento entre piezas de Krupp, Armstrong y otras de un fabricante francés afiliado a Schneider. Los ingleses fueron eliminados rápidamente. Pero Alfred tuvo mala suerte. Después de numerosos disparos, sus cierres de retrocarga se torcían. El equipo de Essen tardó treinta minutos en disparar treinta proyectiles a distancias de 1.100 a 4.000 yardas, mientras que los franceses, al mando de cierto coronel de Bange, terminaron en veintitrés minutos. Comprendiendo que su reputación se hallaba en juego, Alfred envió instrucciones para que se rebajase el precio cotizado a la mitad. Era demasiado tarde: el pedido se había marchado a París (*) (3).

Las repercusiones del hecho fueron inmediatas. El *Norddeutsche Allgemeine Zeitung,* que era el periódico de Bismarck, comenzó a publicar una serie de exageradas historietas acerca de unos defectos ocultos de los cañones franceses. Tremendos relatos describían cómo los artilleros servios habían sido despedazados por las piezas de los cañones que reventaban, quedando sus intestinos colgados en las cureñas. Mientras tanto, Krupp había descubierto una forma de devolver el golpe. El rey Carol I de Rumania proyectaba viajar a Berlín. Los rumanos, a semejanza de los servios, estaban insatisfechos con sus cañones. Entraron en la guerra entre Turquía y Rusia del lado de ésta, y se vieron en un apuro durante el asedio de Plevna. Fritz Krupp se hallaba en la capital del Reich, en esos momentos, y su padre le dio instrucciones para que concertase una entrevista con Carol. «Me complacería que la audiencia te fuera favorable —le escribió—. Sería apropiada para preparar el terreno, no en relación con los cañones, que podemos vender en el momento que queramos, y que, en cualquier caso, *serán recomendados por el Más Alto, en Berlín;* pero si tienes una ocasión, háblale de nuestros éxitos con las planchas blindadas.» *(Cursivas del autor.)* No sólo Guillermo elogió con entusiasmo la calidad de los productos del armero alemán, sino que también lo hicieron Bismarck y los seguidores que Krupp tenía en el Estado Mayor general. El resultado de ello fue que el rey Carol hizo un extenso pedido para la fortaleza de Bucarest (4).

En ocasiones, y ante la irritación de Alfred, aparecían en los periódicos rumores relativos a tales maquinaciones. El 17 de enero de 1883, Alfred escribió a Jencke: «Creo que el kaiser me conoce lo suficiente como para burlarse de la sugerencia, si alguno llegara a hacérsela, de que nos dedicamos a la intriga en perjuicio del prestigio del poder de la nación, a fin de lograr pedidos de cañones. Nuestra primera preocupación es la de servir al kaiser y al Reich, y ofrecer los primeros frutos del progreso, en su totalidad, a la Patria *(Allerdings wollen wir vor allen*

(*) No les valió de nada. El 13 de noviembre de 1885, los confiados servios cargaron sus nuevas piezas y declararon la guerra a Bulgaria. Cuatro días después eran derrotados en Slivnitza. Sólo la intervención de los austríacos les salvó de la aniquilación. Satisfecho, Alfred anotó: «Malos clientes».

dem Kaiser und Reich dienen, all ersten Früchte des Fortschritts dem Vaterlande anbieten) (5).

Esta era una de las características formas de Krupp para evadirse. Presumiblemente el fortalecer la artillería rumana no iba «en detrimento del prestigio» del Reich. Ello no implicaba que hubiese una maniobra o manipulación. Ese mismo año, Alemania envió una misión militar a Constantinopla. El jefe de la misión, barón Kolmar von de Goltz, entonces un brillante general de cuarenta años —en 1916 moriría en el frente, luchando para Turquía—, recibió instrucciones específicas de «hacer que los turcos comprasen sus cañones a la firma Krupp». El mismo Alfred consideraba a los diplomáticos alemanes en Turquía como sus agentes de ventas. Al enviar un álbum de fotografías de su cañón al sultán, escribió Alfred al Prokura: «Indudablemente el embajador, que puede descubrir fácilmente mis relaciones con el Más Alto, y si es que no las conoce aún, dará el consejo oportuno, indicará las formas y los medios o actuará él mismo como intermediario.» Goltz obtuvo excelentes resultados —mucho mejores que los de los diplomáticos—, y en julio de 1885 los turcos hicieron un pedido inicial por 926 piezas entre obuses, cañones de campaña y otros para la defensa costera. Hasta que las deudas hubieran sido pagadas, todos los ingresos de la Aduana de Constantinopla serían enviados directamente a Essen. Una vez más, los cañones de Krupp obstaculizarían el paso de los Dardanelos al zar, el viejo cliente de Krupp (6).

Resulta imposible determinar la importancia que el soborno pudo tener en el negocio de armas de aquellos años. Era indudable de que el dinero cambiaba de manos. Los regalos no sólo eran cuadros, trenes miniatura y cañones de gran tamaño (*). En algunos países el soborno era probablemente el factor decisivo. Esto parece haber sido cierto en el Japón, donde Krupp y Schneider trataban de obtener el favor del Mikado. Los alemanes llegaron a Tokio con una gran desventaja; sus anfitriones, careciendo del trato mundano de los rusos y los turcos, consideraron la relación de Alfred con Li Hung-chang, como un acto inamistoso. Ese malentendido debió haber sido aclarado convenientemente. Lo mismo que Constantinopla, Tokio sintió la necesidad de obtener consejo militar europeo. Aquí la misión era francesa, y su jefe, Louis Emile Bertin, recibió el encargo de diseñar los nuevos buques de guerra japoneses. Las pruebas de artillería se realizaron en presencia del Mikado, y Krupp logró mejores resultados, pero el contrato para los cañones de los nuevos navíos fue para Schneider. En cambio, es significativo el modo con que Krupp logró un contrato para modernizar todos los fuertes belgas del Mosa. En esta ocasión la competencia fue contra Schneider y los industriales de Lieja. Los periódicos de Bruselas sugirieron que las armas del Ruhr estaban anticuadas, y Lieja parecía ser la ganadora, hasta que cierto capitán E. Monthaye, del Estado Mayor general belga, publicó una extraordinaria monografía, *Krupp et de Bange*. Monthaye alegó —correctamente— que Bélgica era un país demasiado pequeño como para apoyar a fabricantes de armas nativos. Luego manifestó que el acero francés era de calidad inferior, y terminó con un elogio a Alfred, detalle que sólo pudo haber sido inspirado desde Essen.

(*) Georges Clemenceau describió una vez la odisea de un ingeniero perteneciente a un país centroamericano, el cual había ido al extranjero para formalizar un contrato acerca de un crucero que una sucursal de su firma había obtenido del Gobierno de una potencia europea. A su llegada a este país comenzó a pagar «comisiones» a diversos personajes, grandes y pequeños, que estaban implicados en el contrato. Al fin, a un funcionario que llegó con una exigencia exorbitante, le dijo: «¿Cómo puedo conseguir el crucero?». A lo que le contestaron: «¿Y eso qué importa, mientras le paguen a usted y nos paguen a nosotros?» (Engelbrecht y Hanighen, **Merchants of Death** [Nueva York, 1934], 150).

Servia, Japón y Bélgica fueron casos poco corrientes. En la mayor parte de las naciones, Krupp no perdió ante sus rivales, ni necesitaba aliados entre las gentes del país. La autoridad de los oficiales alemanes era tan grande que una palabra de uno de ellos era suficiente. Krupp derrotó a Armstrong en Italia, sin esfuerzo alguno, sencillamente porque Sedán estaba más reciente que Waterloo, y también porque se trataba de una victoria más impresionante, en lo referente a artillería; del mismo modo, los ingleses se retiraron humillados de Buenos Aires cuando cierto teniente coronel Sellström, al advertir que la Argentina proyectaba reconstruir su marina de guerra, escribió en un diario local acerca de las proezas técnicas del Kruppstahl ante Metz y París. Cuando Alfred envió a su hijo a San Petersburgo, el 9 de diciembre de 1880, con instrucciones de que viera a «Su Majestad el zar, al zarevitch, y también al gran duque Constantino», en la esperanza de que siguieran los buenos tiempos, «gracias a los contratos importantes, al éxito y a mayores beneficios»; no creyó necesario repetir las lecciones de 1870-1871; todas las cancillerías del mundo habían oído el eco de aquellos cañonazos, y su clientela incluyó a Suiza, Holanda, Portugal, Suecia, Dinamarca, Italia, Rusia, Bélgica, Argentina, Turquía, Brasil, China, Egipto, Austria, y todas las capitales balcánicas con excepción de Belgrado. En total, 24.576 cañones de Krupp estaban apuntándose entre sí, siempre que se contaran los propios cañones del Reich, lo cual Alfred, desde luego no hizo (7).

Alfred no lo hizo, en efecto, pero el kaiser se mostró receloso. Durante la enloquecedora calma de 1871, cuando Krupp rogaba *Beschleunigung der deutschen Bewaffnung,* y Roon jugueteaba con la idea de volver a los cañones de bronce, la poderosa pieza de campaña recientemente construida seguía aguardando a que fuese probada. Esto no podía seguir así eternamente. Se habían puesto demasiadas esperanzas en el diseño de este cañón, y el Prokura ya estaba aportando los mejores minerales para producirlo en gran escala (8). Pero era indudable que el arma causaría impresión en cualquier polígono de tiro, y Alfred, sabiéndolo, se negó a esperar hasta que los tercos fanfarrones de Berlín adquiriesen un poco más de sentido común. Para cuando Guillermo y Bismarck asistieron a las pruebas, dos grandes clientes habían ya comprado. Resultó fácil engañar al soberano alemán con explicaciones. Por aquel entonces Rusia no amenazaba en forma alguna al Reich, y la paz en el Este era el punto clave de la política del canciller. Pero la paz en el Sur era un asunto más incierto. El nuevo imperio se había construido a expensas de Austria. Bismarck estaba decidido a reconciliar a los Habsburgo y los Hohenzollern. En 1873 lo consiguió, convenciendo a Francisco José de que debía extender sus territorios hacia el sudeste, hacia los Balcanes, y formando una alianza entre Alemania, Rusia y Austria —la Liga de los Tres Emperadores—. Mientras tanto, Carl Meyer y Wilhelm Gross habían vendido a Viena un gran cargamento de armas modernas. Guillermo I apenas acababa de firmar su nuevo contrato con Essen, cuando se enteró de que un potencial enemigo situado ante sus fronteras, iba a disponer del mismo cañón. La consecuencia de esto fue una crisis de confianza entre las casas de Krupp y de Hohenzollern. Meyer telegrafió a Alfred para que se presentara rápidamente, Alfred tomó el primer tren, y a la mañana siguiente los dos ancianos, el emperador y el industrial, se entrevistaban en Potsdam. Fue la peor audiencia a que asistiera Alfred en su vida. Hasta entonces las entrevistas habían tenido un carácter afectuoso; Guillermo era cortés por naturaleza, y Krupp se

había comportado siempre del modo como deseaba que los Kruppianer modelo obrasen *con él*.

Pero en esta ocasión el clima de la audiencia fue sumamente frío. El soberano no sonrió, ni invitó a su súbdito a que se sentara, y tampoco desarrolló su habitual preámbulo de charla intrascendente. En lugar de ello comenzó por extraer de su bolsillo un folleto que Gross había escrito por sugerencia de Alfred, y que Meyer había publicado: *Geschichte der Gusstahlkanone* (Historia del cañón de acero colado). Según observó secamente el emperador, era «un trabajo técnico de limitado interés». Pero desgraciadamente, los lectores más convencidos serían los militares extranjeros. Los detalles eran tan concretos, que el panfleto sería de incalculable valor para cualquier general que se enfrentara con un enemigo armado de un nuevo cañón de campaña. Krupp no fue capaz de contestar. Por vez primera había violado su propio código secreto. El motivo que le impulsó fue el deseo de ganar prosélitos entre los integrantes de la casta militar prusiana. Nunca se le había ocurrido que aquel ensayo pudiera ser leído por los agregados de potencias extranjeras en Berlín. Por suerte para él, los antagonistas que tenía entre los allegados a Moltke, y que fueron quienes hicieron leer el folleto al kaiser, se habían excedido en sus manifestaciones, diciendo a Guillermo que las tropas de Francisco José iban a ser equipadas con un cañón *mejor* que el alemán. Alfred vio una oportunidad, y se dispuso a aprovecharla. Lejos de ser mejor, manifestó rápidamente a Guillermo, el cañón que le enviaría iba a ser inferior, ya que, a semejanza de la pieza suministrada al zar, tendría un peso excesivo. El Más Alto se calmó un poco. Mostró su sorpresa, hizo unas cuantas preguntas y recuperó visiblemente su afable trato. Alentado, Alfred decidió arriesgarse... y ganó. Vio la oportunidad de hacer comprender al emperador los principales hechos relacionados con la industria de las armas. Justificó el que tuviera que enviar productos bélicos a *befreundete Staaten* (Estados amigos), ya que de otra forma, *dann würde der Gusstahlfabrik, so wie sie heute arbeitet die Grundlage entzogen* (los cimientos de la fábrica, en su forma actual, se verían amenazados). Los experimentos con armas, prosiguió diciendo, eran extremadamente costosos. El fabricante de armas del Reich tenía que sostener un gran establecimiento. Sin mercados mundiales se vendría abajo, a menos... bien, había una alternativa, desde luego: el kaiser podía otorgar un subsidio a los talleres (9).

Guillermo rechazó la idea en seguida. No tenía intención de hacerse cargo de los presupuestos militares de unas veinte potencias extranjeras, que en la actualidad volcaban su dinero sobre Essen. De haber sabido lo cara que la industria internacional de las armas resultaría a la larga, la cantidad de sangre alemana que exigiría, el dinero estatal que iba a requerir, y lo truncado que dejaría al imperio alemán tres cuartos de siglo más tarde, sin duda el kaiser hubiese nacionalizado el Ruhr. Pero el caso, tal como lo presentaba Alfred, parecía irrefutable, y el emperador, ya más calmado, saludó con la cabeza cuando su opulento armero se inclinó al marcharse. Krupp, por su parte, se maldijo por permitir la publicación del librito, y se volvió más receloso que nunca. Había proyectado exhibir su cañón en la feria internacional de Viena, y ahora telegrafió al Prokura: «Me disgusta pensar que en Berlín digan de nosotros que los esfuerzos que hacemos por mantener los secretos ante los demás Estados son una comedia... Cuando tengamos deseos de hacer ofertas de tales armas a uno u otro Estado, será mejor que les invitemos a venir a Essen. Creo, sin embargo, que por el momento no debemos ofrecer en modo alguno cañones de campaña, ya que hemos

de permanecer libres para lo que necesite Prusia.» El cañón debía embalarse de nuevo y devolverse al Ruhr (10).

En menos de dos años el pequeño disgusto de Guillermo fue olvidado a causa de la amenaza de guerra, la cual mantuvo en tensión a la diplomacia europea durante los cuatro decenios anteriores a 1914. La Cámara de Diputados francesa aprobó un fuerte presupuesto bélico. Un periódico de Berlín publicó un provocativo resumen del asunto titulado «¿Hay perspectivas de guerra?» En París, donde se pensó que el artículo había sido inspirado por Bismarck, el Gobierno se vio acometido por el pánico; el ministro de Asuntos Exteriores apeló a Inglaterra y a Rusia para que le concediesen su apoyo, y el propio zar Alejandro se presentó en Berlín para tratar de la grave situación con el kaiser. Las nubes amenazadoras se disiparon. El canciller de Alejandro telegrafió a las angustiadas capitales: «La paz está ahora asegurada.» Entretanto, Guillermo había enviado otro telegrama desde Ems ordenando la entrega de dos mil cañones de 8,8 cm. Alfred contestó rápidamente y lleno de júbilo, afirmando que gracias «al exaltado y profundo interés demostrado por el rey... Prusia sería ahora el Estado mejor armado» (11).

Las relaciones de Krupp con Guillermo mejoraron notablemente, y ello le hacía buena falta a Alfred, ya que se enfrentaba con otras dos oposiciones por parte de la clase militar de Prusia. En primer lugar, tuvo que hacer frente a otro grupo de tercos jefes del ejército. Su más influyente aliado de uniforme, Constantin von Voigts-Rhetz, se había retirado. Mientras Gross estaba escribiendo *Geschichte der Gustahlkanone,* Alfred le aconsejó: «Me gustaría mucho que se hablara lo mejor posible del general, especialmente ahora que se halla en el ocaso de su vida, cuando ya no toma parte activa en los asuntos, y ello para que al menos vea que somos leales, justos y agradecidos con él. ¿Quién sabe el tiempo que aún puede vivir?» Constantin vivió el tiempo suficiente como para sentirse mortificado por las dulzonas alabanzas de Gross en el panfleto en que inadvertidamente se violaban los secretos artilleros, y para ver cómo su hermano más joven dirigía el último ataque del ejército contra su antiguo amigo de Essen. Julius von Voigts-Rhetz había sucedido a su hermano como jefe del Departamento General de la Guerra. A semejanza de sus compañeros de armas, había aceptado la orden del kaiser de que el armero del Reich podía vender su mercancía a los *befreundete Staaten.* Pero cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que había algo que no andaba bien en el caso de Krupp. Para los graduados en la *Kriesakademie* de Lichterfelde, la academia militar de Prusia y semillero del Offizierskorps, parecía lógico que la espada cortase con sus dos filos. Si Krupp vendía al extranjero, declaraban, ¿por qué no podían ellos comprar en el extranjero? (12).

Así se resucitaba el viejo espectro. Alfred se enteró de aquel peligroso razonamiento ocho meses después de uno de los períodos de amenaza de guerra, e instantáneamente comprendió que eso podía arruinarle por completo. La fe que tenía en su propia producción era ilimitada, pero por lo ocurrido en el pasado se hallaba al corriente de que una calidad superior significaba poco para los antiguos alumnos de Lichterfelde. El 11 de enero de 1876, Alfred escribió a Julius una larga carta recapitulando la historia de sus querellas con los militares, que comenzó con el rechazo de su primer cañón de hierro forjado, en 1840, y le rogó que siguiera el ejemplo de su hermano de más edad. Era absurdo sugerir que se había visto favorecido por sus compatriotas: «Otros grandes Estados han hecho experimentos a su propia costa, y (como Inglaterra, por ejemplo), no sólo indemnizaron al que invertía así el dinero, sino que le demostraron un gran favor. Yo, en cambio, he hecho ensayos

»HERR KRUPP: El asunto debe decidirse ahora, de un modo u otro. Me quedaré aquí en Berlín, indefinidamente. Si se desea, estaré dispuesto a suministrar informes a Vuestra Majestad en cualquier momento.

(Herr Krupp preguntó si podía esperar para saludar a la kaiserin, y S. M. repuso que probablemente había salido a pasear. De todos modos tendría ocasión de verla pronto en una cena.)

»S. M.: ¿Se da cuenta de que puede usted meterse en un avispero? *(In ein Wespennnest stechen.)*

»HERR KRUPP: Sí, lo sé, pero hay que aclarar el asunto. Esta situación de incertidumbre debe terminar, sea cuales sean las consecuencias.

»Me alegró realizar este viaje porque ha sido un placer para mí entregar al fin a Vuestra Majestad los cañones que estaban dispuestos desde hacía tanto tiempo. Y a la vez lamento tener que molestar a Vuestra Majestad con asuntos tan poco placenteros.

»S. M.: Por favor, por favor, ha sido usted muy atento al hacerme saber estas cosas *(Bitte, bitte, es ist mir sehr lieb, dass Sie mir diese Sachen mitteilen)*.»

Pieper se mostró asombrado por el hecho de que «todo el tiempo herr Krupp pidió «luz, claridad y verdad». Lo que resulta más notable es que fue el súbdito en que llevó virtualmente toda la conversación, hizo las peticiones, se ofreció como compañero de la emperatriz, e insistió en que se tomase una decisión inmediata, y a todo ello fue contestado con *bitte, bitte*. De haber sido los socialdemócratas los que se hubieran expresado así, habrían terminado en un calabozo. Muchos de ellos fueron encarcelados por bastante menos. El kaiser sabía que era necesario ofrecer algunas concesiones, y así se hizo. Lejos de meterse en un avispero, Alfred fue recompensado con la noticia de que las invitaciones para que Armstrong y Schneider concurriesen a las pruebas, habían sido retiradas. El 5 de octubre, Alfred envió sus propios planes sobre el armamento alemán al conde Von Flemming, del Gobierno de Karlsruhe, pidiéndole «que tenga la bondad de entregar la comunicación adjunta a Su Majestad, el kaiser. He elegido esta forma de entrega para no llamar la atención y no crear insidiosas murmuraciones con una entrega directa a Su Majestad.» A vuelta de correo replicó el príncipe: «Su Majestad ha aceptado graciosamente su comunicación. Creo inferir, por algunas cosas que dijo acerca de usted y de su buen trabajo, que con respecto a la última invención de usted en el campo de la artillería, no le faltará el apoyo que ha recibido del kaiser en el pasado.» (16).

Todo parecía irse solucionando, cuando surgieron dificultades en un aspecto imprevisto. Krupp había derrotado ya al ejército, y tenía a la marina en un bolsillo, a su modo de ver. Al enviar el *Denkschrift* a Guillermo, había dicho al Más Alto: «Por otra parte reconozco con gratitud que hasta ahora, en lo que concierne a la Real Armada Prusiana, aunque al principio tenía prejuicios contra mis productos, y era notoriamente admiradora de la artillería británica, desde entonces he gozado de su invariable reconocimiento y confianza...» Alfred había hablado demasiado pronto. Pensó en todos los detalles; el Konzern podía comerciar libremente con los ministros extranjeros de la Guerra, mientras los generales y almirantes del Reich le compraban sólo a él. Pero pasó por alto una posibilidad. ¿Y si la mercancía demostraba tener algún grave defecto? Eso parecía imposible, y sin embargo ocurrió. Los navíos de guerra del kaiser se hallaban de maniobras en el Mar del Norte, cuando unas violentas explosiones se produjeron en las torrecillas de los cañones, y las

cubiertas quedaron sembradas de marineros muertos y agonizantes. De Kiel llegó a Essen un frenético telegrama: los cañones de Kruppstahl habían reventado. Los enfurecidos almirantes se negaban a aceptar un solo cañón más, a menos que el envío fuese debidamente garantizado (17).

Una cosa era que Alfred dijese alegremente que los chinos y siameses podían volarse en pedazos entre ellos, y otra muy distinta era cuando los que volaban en pedazos resultaban ser bávaros y sajones. Desde el Ruhr partió inmediatamente un equipo de técnicos seleccionados, que regresaron de Kiel con caras largas. No había duda alguna, las piezas eran defectuosas. El Rey de los Cañones se movió inquieto en su trono. Garabateó unos duros párrafos para que se colocaran en los talleres, ordenando la estricta inspección de los minerales, acero en bruto y material terminado. El humilde Prokura le aconsejó que accediera a otorgar garantías. Resultaba duro saber que la empresa tenía las manos manchadas de sangre alemana. Negarse a ofrecer pruebas de buena artesanía hubiera parecido un acto de extraordinaria altivez. Así ocurrió, y es que Alfred era un hombre extraordinariamente orgulloso. El someterse a las exigencias del almirantazgo, manifestó, era *ausgeschlossen*. Sería «la ruina de los talleres». De ceder en ese aspecto, todos los dictadorzuelos sudamericanos y los guerreros asiáticos exigirían seguridades semejantes. «Si concedemos esa garantía —escribió a su hijo—, sólo servirá de paliativo, pero muy costoso, ya que dentro de un año pueden llegar noticias de que en otras naciones han estallado cañones igualmente defectuosos.» Entonces quedaría a merced de esas gentes. Eso era intolerable, y por lo tanto Alfred contestó negativamente (18).

Y se salió con la suya. Berlín ordenó que baldearan las sangrientas cubiertas, que reclutasen nuevos artilleros y se olvidase totalmente el episodio. El poder de Krupp había obtenido un nuevo triunfo. Después de medio siglo de batallas con la oficialidad prusiana, se había transformado desde el paria para quien se cierran todas las puertas, en el poderoso Rey de los Cañones, cuyo ultimátum, por humillante que fuese, se aceptaba siempre. Pero Alfred no consideraba como una victoria el hecho de imponer al *Reichsmarineamt* su voluntad. Para él el nuevo hecho de haber tenido que escuchar insolentes propuestas era ya algo monstruoso, y escribió a su hijo, entonces en San Petersburgo, diciéndole que debían alcanzar una posición en que cualquier ofensa resultara imposible: «Debemos hacer todos cuantos esfuerzos estén a nuestro alcance para lograr esa meta, y mantenernos en pie es el deber sagrado de todo el mundo. Una vez que lo hayamos conseguido, podremos imponer condiciones, eliminando para siempre la humillación que nos impongan desde otras esferas *(verwischen für immer das Schmachvolle, was uns von einer anderen Seite widerfahren ist)*.» (19).

La «otra esfera» resultaba ser la marina, pero ni siquiera era capaz de escribir tan odiosa palabra.

A semejanza de la mayor parte de los capitanes de industria del siglo XIX, Alfred estaba dotado de un fino instinto para la exhibición. Ahora comenzaba a pensar en un adecuado lugar para demostrar la eficacia de sus productos, lo que, para un fabricante de cañones gigantescos, no resultaba fácil de hallar. No podía probar sus cañones, ante los clientes extranjeros, en el polígono de Tegel —el Ministerio de la Guerra se opuso a ello—, y por otra parte, Tegel era demasiado pequeño para su nueva artillería. En su carta a Molke, seis semanas después de la rendición francesa, Krupp había proyectado un campo de pruebas privado de dos millas de largo. En 1874 compró un terreno aún mayor en Dülmen,

situado a cuarenta y tres millas de distancia de Essen, pero sus 6.561 yardas quedaron ya pequeñas antes de que los Kruppianer terminasen de allanar el terreno. Lo que verdaderamente necesitaba era un terreno libre de diez millas y media de largo, con cuatro millas y media de monte deshabitado, más allá, para los posibles tiros de alcance excesivo. Semejante lugar no existía en la densamente poblada región del Rhin. En realidad, puesto que la tierra tenía que ser relativamente llana, sería muy raro encontrar un sitio parecido en Alemania, y el precio subiría astronómicamente si se sabía que Krupp era el posible comprador. Pero sin desanimarse, Alfred recorrió parte del país a caballo y halló justamente el lugar que quería en Meppen, en la provincia de Hanover y cerca de Osnabrück. Sólo había un problema: los propietarios eran ciento veinte granjeros, cada uno dueño de una parcela.

Las negociaciones podían ser eternas, pensó Alfred, sombríamente. Y de pronto dio con la solución. De todos sus lugartenientes, sólo Wilhelm Gross compartía su criterio de urgencia. El aliciente para Gross era el nuevo cañón Krupp de bombardeo, de 35,5 cm. Armstrong había creado una pieza similar, y los holandeses, suizos y noruegos expresaron su interés por poseerla. A semejanza de Krupp, asimismo, los británicos carecían de una propiedad lo suficientemente extensa como para ensayar los proyectiles altamente explosivos de un millar de libras que se disparaban desde unas ánimas de casi catorce pulgadas de ancho. Y los compradores no adquirirían la mercancía, a menos que viesen el cañón en acción (20).

«Consiga Meppen —dijo Alfred a Gross—, y yo lograré los pedidos de armas.» Gross logró los terrenos haciéndose pasar por un excéntrico al que gustaba la soledad, y que estaba dispuesto a pagar bien para conseguirla. Al concluir, había firmado ciento veintiún documentos de cesión. En seguida se presentó Alfred en compañía de algunos equipos de Kruppianer. La zona, de tres millas de ancho, fue rodeada por una valla de grueso alambre. Se colocaron carteles advirtiendo a los extraños: *ACHTUNG! GEFAHRENPUNKT!* (lugar peligroso). Este sitio estaba atravesado por tres carreteras principales. Se alzaron torres de observación muy semejantes a las que setenta años más tarde se construirían para vigilar los campos *kruppsche* de concentración. Dichas torres se situaron en los lugares donde cada carretera entraba en el campo de pruebas, y cuando éstas se iniciaban, cerraban el paso —ilegalmente, desde luego— por aquellos caminos, los guardias uniformados de Krupp. Dentro del polígono los técnicos y visitantes distinguidos se alojaban en bunkers complicadamente amueblados y a prueba de proyectiles. Estaban perfectamente equipados, y hasta se servía champaña a los clientes en potencia, mientras éstos observaban a través de las troneras. Meppen no sólo llenaba todas las necesidades de Krupp, sino que era excelente para los ensayos artilleros de cualquier nación del mundo, incluyendo principalmente al Reich alemán. Lleno de gozo, Alfred contempló cómo el *Offizierkorps* de la Comisión de Pruebas de la artillería prusiana se presentaba ante él con el puntiagudo casco en la mano, y le rogaba que le dejase utilizar el polígono. Le contestó que en otro caso se lo alquilaría, pero cuando él no lo estuviera usando (21).

Alfred no quería a nadie allí. Ahora que tenía su espléndido campo de pruebas, estaba ansioso por realizar los ensayos. Su primer impulso fue desafiar a Armstrong a un duelo artillero. Que los goliats británicos y alemanes se alineasen cureña con cureña y disparasen, dijo alegremente a Gross. Los clientes serían invitados a observar el resultado, y luego extenderían sus cheques... en millones de marcos. Gross sintióse horrorizado. ¿Y para eso habían engañado a los campesinos? Lo importante

era lograr algo que Armstrong no tuviera. Si los británicos iban a usar el polígono, competirían en igualdad de condiciones. Además, quedaba la posibilidad de que fuera el enemigo quien ganase. Debido a sus contratos navales, principalmente, Armstrong se especializaba en cañones pesados. De todos modos, resultó que los ingleses no estaban interesados en hacer la prueba. Alfred mandó la invitación por intermedio de Longsdon, y le fue devuelta con una fría nota de agradecimiento. Los ingleses sospechaban, sencillamente, que se trataba de una trampa. El *Gefahrenpunkt* de Krupp podía ser un lugar de enorme peligro para un fabricante de cañones que hubiese logrado algunas mejoras importantes y secretas. Decepcionado, Alfred mandó disparar unos cuantos cañonazos para su propia diversión —la pieza de 14 pulgadas registró diez mil yardas—, y luego se puso a pensar sombríamente la forma en que podía usar su nuevo juguete (22).

Consecuencia de esto fue su «bombardeo de las naciones» *(Völkerschiessen)*, la sensación militar de fines del decenio de 1870. En realidad fueron dos bombardeos. El primero se celebró en 1878, ante veintisiete oficiales de artillería de doce diferentes naciones. En la víspera del gran cañoneo, Alfred escribió a Sophus Goose: «Puede usted imaginar lo inquieto que estoy respecto al resultado y sobre lo que los visitantes puedan decir, ya que siempre he considerado que el éxito en este asunto sería el medio más seguro de tener todos nuestros martillos pilones plenamente ocupados.» Sus planes eran de una gran complicación. Los funcionarios extranjeros serían llevados primero a los talleres «donde habrá una gran exhibición». Después de la comida en la Gastenhaus, descansarían en el Essener Hof. Luego, ¡hacia Meppen! El gran día amaneció animado y claro; pero Alfred no pudo hacer los honores a sus invitados. Tuvo que quedarse en cama, aquejado de misteriosos accesos. Fue su hijo el que asumió el papel de anfitrión. Las ansiedades de Alfred demostraron no tener fundamento. El *Völkerschiessen* resultó un éxito tremendo. Cuando las atronadoras detonaciones de las piezas cesaban un momento, alcanzaba a escucharse el rumor de las hojas de pedido al ser arrancadas de sus talonarios. Los visitantes abandonaron el lugar tan entusiasmados, que al año siguiente, cuando Krupp envió otra serie de invitaciones, aceptaron ochenta y un expertos en artillería de dieciocho naciones. Podían haber sido más, pero Krupp desdeñó a los turcos, ya que San Petersburgo no hubiera enviado a sus representantes, en caso contrario, y la capital de Rusia era mejor cliente que Constantinopla. Y en cuanto a Francia, se la ignoró en atención a Berlín (23).

Esa fue su única concesión a los antiguos alumnos de la *Kriegsakademie*. La delegación alemana de Albedyll se vio desagradablemente sorprendida al ver que los funcionarios ingleses la superaban en número (Alfred nunca perdía la esperanza de convertirse en proveedor de armas de Inglaterra), y también desalentada, al descubrir que en Meppen el alemán era el único idioma que *no* se hablaba. Grupos de empleados de Krupp chapurreaban en italiano, inglés y francés; los prusianos tuvieron que permanecer callados, esperando escuchar las traducciones. De todos modos permanecieron en el polígono. Para cualquiera que tuviese interés en la artillería profesional, los disparos efectuados del 5 al 8 de agosto de 1879 fueron algo irresistible. Krupp tenía una nueva pieza de exhibición: un cañón de 44 cm que lanzaba granadas de 2.200 libras. Construido con una envoltura de acero templado sobre el tubo, y luego rodeando la cubierta con barras curvas, parecía un gran tonel negro. Al mirar hacia el exterior de los lujosos bunkers, los cosmopolitas invitados observaron con los ojos abiertos por el asombro, el modo con que los proyectiles, cada uno de ellos pesando más de una tonelada, describían

ció detrás del blindaje. Durante varios minutos las granadas estallaron a su alrededor. Luego se dio la señal de alto el fuego, y Krupp salió de la coraza con un aspecto radiante. Lleno de júbilo escribió a Groose:

> «*Die mir gewordene Drohung, dass die Polizei es nicht erlauben würde und dass keiner auf den Panzer schiessen würde, wenn ich darin wäre, hat sich nicht bestätigt ...so darf noch keinem der Inassen deshalb ein Finger weh tun.*»

> «La amenaza de que la policía iba a prohibirlo, y de que nadie dispararía contra la armadura estando yo detrás, no llegó a materializarse. En consecuencia, no tuve necesidad de despedir a ninguno de los artilleros por insubordinación, ni vi falta alguna de valor entre nuestras gentes. En realidad, uno se siente más seguro detrás del blindaje, y el viernes, cuando lancemos una granizada de proyectiles contra la armadura, nadie resultará con un solo dedo herido.» (30).

Tenía razón. En el referido viernes, el último día del «bombardeo de las naciones», un grupo de aterrados Kruppianer fueron recluidos en la torrecilla y sometidos a un furioso cañoneo. Poco después salieron de su encierro momentáneamente sordos, pero sanos y salvos. Alfred cogió su lápiz, mientras los oficiales extranjeros se le quedaban mirando. Más tarde escribió disgustado: «¡No hubo pedidos!»

«Actualmente casi no soy más que una piel con algunos huesos —escribió Alfred a Longsdon en medio de la noche—. El resto es gas. Puede ocurrir que un buen día el gas venza el peso de estos pobres huesos, y que de pronto, si no me retienen ascienda directamente a los cielos con mi terrenal atuendo. Probablemente seré el primer invitado en hacer su aparición en aquellas regiones desde la Creación. Qué ahorro de camino entre la fría tumba y el ardiente purgatorio (el infierno), y qué tranquilidad para quien cree en este último» (31).

Su mujer era también de las que creían en el infierno, y durante sus pocas frecuentes visitas al marido, la impiedad de éste la llenaba de espanto. Cada vez resultaba más difícil conservar las apariencias, si bien lo hacían cuando se presentaban invitados distinguidos. Uno de ellos llegó a relatar el agradable cuadro que los Krupp constituían como familia. Se trataba de la baronesa Hilda Elizabeth Bunsen Deichmann una de las pocas mujeres a las que Alfred admiraba. Era hija de un barón del Ruhr, había nacido en la legación prusiana en Londres, y era más inglesa que alemana. En sus memorias, editadas privadamente, contó cómo:

> «Herr Krupp vivía con estilo principesco en una enorme mansión de campo, con una gran casa de invitados (la Casa Pequeña) adyacente. Podría compararse con una gran embajada, pues gentes de todas partes del mundo llegaban para persuadirle de que hiciera tratos con sus Gobiernos. Por consiguiente, se daban grandes cenas, y una vez nos indicaron que aquella noche se esperaban varios cientos de personas para un baile que se celebraría por la noche. Esta fue una brillante ocasión, y todos los preparativos se hicieron sin trastornos de ninguna clase; a la mañana siguiente todo había sido arreglado, y las habitaciones presentaban su aspecto de costumbre.»

Alfred aún se hallaba activo, por aquel entonces. Hilda Deichmann se sintió asombrada por su voluntad para proseguir educándose hasta el fin, así como por lo mucho que le gustaban los caballos:

«Durante una de nuestras visitas (a Hügel), un profesor italiano fue contratado para que enseñara italiano a Krupp, ya que éste deseaba controlar directamente todos los negocios que tenía con Italia. Como se hallaba tan ocupado, tuvo la idea de que el profesor le acompañase en sus cabalgatas diarias; pero como el profesor en cuestión no había montado antes a caballo, la conversación en italiano no hizo demasiados progresos.»

Hilda encontró encantadores tanto al Unico Propietario como a su esposa:

«Cerca de los talleres había una casa diminuta y de aspecto humilde que herr Krupp nos enseñó diciéndonos que era el lugar en que había nacido *(sic)*, y que conservaba intacta con toda veneración. Frau Krupp, su mujer, ya era una anciana cuando la conocí, y vestía siempre de azul claro. Parecía complacida y orgullosa de recibir visitas.» (32).

Sin duda alguna que Bertha se alegraba de ver a la baronesa, ya que ello significaba que Alfred se portaría bien, e incluso que éste se arreglaría un poco más, ya que Hilda o cualquier otra joven como ella hubiera sido una esposa ideal para su hijo. Por desgracia, Fritz y Bertha tenían otras ideas... que les llevaron a la disputa final con Alfred.

Como éste y su esposa habían sido unos extraños durante treinta años, sería inexacto decir que ella «le abandonó» en la primavera de 1882. De todos modos, esa fue la fecha en que Bertha se marchó de su lado. El que ella residiera bajo el mismo techo que Alfred durante tanto tiempo, debe atribuirse a los poderosos convencionalismos sociales del siglo pasado. Cada una de las entrevistas de los esposos se caracterizó por una disputa. En una ocasión Alfred se sintió celoso de un apuesto cochero, le despidió, y se asombró luego, cuando vio a Bertha marcharse sumamente irritada. No coincidían en casi nada. Ella era capaz de soportar, hasta cierto punto, sus accesos de ira, sus paseos nocturnos, su admiración fetichista por los excrementos animales, y hasta su ateísmo militante; pero lo que no podía aguantarle era la actitud de posesión que tenía hacia el hijo de ambos. Alfred trataba de alejar a Fritz de ella, y lo peor era que el joven se mostraba completamente desesperado ante tal proceder. Con sus veintisiete años, Fritz, en opinión de su madre, aún tenía posibilidades de ser feliz, y Bertha estaba decidida a que lo fuera. El no podía defenderse por sí mismo. Estaba desarrollando peculiaridades especiales, y ahora pasaba aquel mes de abril bajo los almendrales de Málaga, recuperándose de una de sus periódicas dolencias. Por consiguiente, su madre abandonó la Riviera, llegó a Villa Hügel por la noche, y fue directamente a ver a su marido. Fritz, dijo ella a su esposo, quería casarse (33).

Bertha no pudo elegir un momento peor. Alfred acababa de perder una partida de dominó con uno de los miembros del Prokura. Era un malísimo perdedor, y con frecuencia acusaba de hacer trampas a los que le ganaban. Volviéndole la espalda a Bertha, se negó a hablar del asunto. Ella insistió, y como le exhortó a que tomara una decisión, él gritó que tomaría una, la de decirle «*Nein!*» Esta vez fue ella la que le volvió la espalda, y lo que a continuación supo de Bertha, fue lo que le

susurró una criada, quien le informó que la señora estaba empaquetando no sólo sus vestidos, sino todo cuanto le pertenecía en la mansión. Alfred corrió escaleras arriba. Seguro que ella estaba mangoneando a las criadas, ordenándoles que llenaran de cosas las maletas. Alfred vociferó, rugió y amenazó. Bertha no dijo nada. Ni siquiera le miró. Cuando la última caja estuvo cerrada y la llevaban al piso bajo, Bertha salió detrás de su equipaje. Angustiado, Alfred se asomó a la lóbrega escalera de piedra y gritó: *Mach kein Unsinn! Bertha, bedenke, was du tust!*» (¡Qué necia eres! ¡Piensa en lo que haces, Bertha!) Eran las últimas palabras que iba a dirigir Alfred a su mujer. Al volver Fritz de España, se enteró por los criados de todos los detalles de la escena ocurrida entre sus progenitores. Por su padre no supo nada, ya que Alfred se encerró en el mutismo, y parecía agotado. A su modo trató de hacer algunas rectificaciones. De mala gana consintió en el matrimonio, no sin aclarar que a su entender su hijo había hecho la peor elección posible. Con ello no logró atraer de nuevo a su esposa. Rencorosamente, ordenó que las habitaciones de ella se convirtieran en despensas, y nunca más volvió a nombrarla. En la correspondencia de Alfred no se halla más que una vaga referencia a la separación. El 10 de abril siguiente, Krupp escribió a Fritz Funke, un colega *Schlotbaron* del Ruhr, diciéndole: «Usted siempre me dice francamente todo lo que le ocurre, y yo le hice ayer una amistosa observación al darle detalles concernientes a la forma en que me arreglo en mi casa. Sólo puedo repetirle lo que le dije entonces. Si recibo informes confidenciales de cualquiera, o me entero de asuntos familiares u hogareños, no me considero con derecho a contar lo que he sabido. Si un extraño me pregunta acerca de eso, le diré sin vacilar que no son asuntos que le conciernen, y que no puedo satisfacer su curiosidad.» (34).

El renglón que sigue resulta instructivo: «*Ich liege im Bette mit Rheuma und habe daher Zeit zu schreiben.*» (Estoy en cama con reumatismo, y por eso tengo tiempo para escribir.) Esa era ahora la historia de su vida. Le quedaban cuatro años de existencia, y pasó buena parte de ellos acostado en Villa Hügel, aferrando en su mano un trozo de lápiz. En ocasiones se hacía llevar en coche a Düsseldorf, donde realizaba patéticas tentativas para entablar amistad con los miembros de la comunidad artística, entre los cuales se contaba Franz Liszt, cuya existencia (1811-1886) coincidió con la suya casi año por año. El viejo Rey de los Cañones era un hombre muy solitario. De sus tres hermanos, Hermann e Ida ya habían muerto, mientras que el otro hermano nunca llegó a olvidar la disputa por la herencia, y sólo se comunicaba con él a través de la empresa. Longsdon era el único de los que le rodeaban en el que tenía confianza, pero se hallaba al otro lado del Canal de la Mancha. En las tinieblas de la mansión, que sólo interrumpían la luz de los candelabros («Ya sabe que soy un ave nocturna»), Alfred escribió a Longsdon largas misivas sugiriéndole que se trasladara «aquí, a la colina», pues «entonces pasearemos juntos a caballo todos los días, podrá usted elegir su montura, y nos acercaremos a Düsseldorf, como lo hicimos antes, para observar las pinturas; iremos tantas veces como queramos, de ese modo nos distraeremos, y sólo de tarde en tarde hablaremos de negocios y de la fábrica, lo suficiente como para que no nos dañe la salud. Y ahora, mi buen amigo, no pierda un solo día...» Longsdon no se presentó. No sabía una sola palabra de alemán, y consideraba a los prusianos como una raza de patanes. A pesar de todo, el intenso amor que Alfred profesó a Britania, se conservó indestructible hasta el fin de sus días. El nieto del inglés que le había alojado en su casa durante su estancia en las islas, medio siglo antes, leyó algo acerca de Alfred y le mandó una carta. La respuesta

de Krupp fue de un entusiasmo enternecedor. Recordó que «cuando yo era joven, su padre y su tía, y también sus abuelos, se mostraron tan atentos conmigo, un simple extranjero, que Birchfield ha sido y seguirá siendo en mi memoria un lugar sagrado». El cariño de Krupp por Inglaterra se evidenciaba en aquellas páginas, del mismo modo que se ponía de manifiesto, por el contrario, su odio por su hogar, «mi prisión», como él la llamaba. Con la llegada de su nuera, Villa Hügel se convirtió en un lugar aún más desagradable, si ello era posible, y el hecho de que él fuera el responsable de la situación no le producía ningún consuelo (35).

Más abajo, en Essen, sus veinte mil Kruppianer seguían nutriendo las fraguas y fecundando a sus mujeres. Desde la colina, la ciudad semejaba un enorme caparazón —cerca de un millón de yardas cuadradas estaban techadas—, que se entreveía borrosamente a través de una bruma grisácea. Los socialdemócratas se encontraban allí presentes pero no causaban ninguna complicación. El negocio marchaba bien, según le informaban los miembros de su administración que iban a visitarle. Ya se había terminado de pagar a los banqueros. De cuando en cuando Alfred les endilgaba una de sus intemperantes filípicas. No se permitía que los empleados tuvieran huertas en las viviendas («los obreros trabajarían en casa y descansarían en los talleres»), ni cabras («las cabras han dejado estéril a Grecia»), ni se les dejaría que mejorasen sus viviendas («a veces he visto unas pequeñas pérgolas... y encuentro la mayor parte de ellas bastante feas»). El Gobierno estaba perdiendo energía («nunca estuvieron tan mal como ahora las carreteras nacionales»). Los artesanos ya no sentían orgullo por su trabajo («los arreglos de Friedrichstrasse y Schederhof no pudieron hacerse más chapuceramente»). Acusó a sus administradores de tratar al Unico Propietario con ligereza. Sus informes le parecían «demasiado breves». Aunque su fortuna se cifraba en muchos millones de marcos, no debían omitirse en la hoja de inventario ni las menores pertenencias. El éxito de Krupp, les recordó, se debió a la pasión que sentía por el detalle. Por consiguiente, ¿cómo habían dejado de incluir el valor de la vieja Stammhaus, calculado en 750 marcos? (36).

Y no obstante, todo esto eran minucias. El tema dominante de su senilidad era una oscura e interminable reflexión sobre la forma de dar muerte a la gente. Su carrera como pacífico industrial había sido muy destacada, y de haberse hecho eco del espíritu de su marca de fábrica, tanto él como sus descendientes hubieran sido recordados de un modo muy diferente. Pero encerrado como estaba en su castillo, se olvidó de llantas, raíles, ballestas y cigüeñales, y se puso a pensar en las posibilidades de una guerra europea general. «Sería una cosa muy triste», escribió a Longsdon el 13 de abril de 1885. Pero más lamentable hubiera sido que Inglaterra y Alemania (que él creía que iban a ser aliadas) careciesen de ingeniosas armas. Por lo tanto se aplicó a crear nuevos artefactos. Después del decepcionante fracaso de un cañón Krupp de montaña, en las pruebas que los italianos realizaron en Vinadio, Alfred puso sus esperanzas en el mar. Lo que Alemania necesitaba, manifestó, era una flota de primera clase, y él era precisamente el hombre que podía proyectarla. Algunas de sus sugerencias fueron clarividentes, sin duda. Abogó por la introducción de cortinas de humo en las batallas, «que confundirían al enemigo». Su «cañonero pivote» se anticipó a las lanchas torpederas en casi sesenta años. «Imaginen —escribió—, que dos o tres naves pequeñas atacan a uno o más navíos grandes. Deben acercarse por la popa, ya que no están acorazadas; pero en el momento apropiado avanzan velozmente, rodean a los barcos enemigos, y hacen fuego sobre ellos tan rápidamente como pueden cargar sus piezas.» El resultado le parecía a él muy claro, si bien, a semejanza de Douglas MacArthur en 1941, no tenía

demasiado en cuenta el alcance y el poder de los grandes cañones de los buques de guerra al combatir con las embarcaciones pequeñas. De esas torpederas Alfred declaró entusiasmado que «con su gran velocidad y capacidad de maniobra en torno a un blanco central, los problemas de fijar la puntería quedan simplificados. El barco enemigo es de gran tamaño y se encuentra en el centro, mientras que el pequeño es casi invisible y resulta difícil de localizar debido a su velocidad. El barco más grande está en situación diez veces más peligrosa, y si el pequeño resulta tocado y hundido, la pérdida en equipo y vidas humanas es sólo de una décima parte, como mucho...» La dificultad estribaba en que si su previsión era exacta, los medios técnicos eran inadecuados. El invento de Arthur Whitehead, del «pez automóvil torpedero», aún tardaría varios años en aparecer. Krupp propuso armar un cañonero con una de sus mayores piezas. De acuerdo con los datos que había dado, le dijeron los ingenieros, el barco zozobraría con sólo el retroceso del cañón. Bien, repuso airadamente Alfred; él construiría un cañón que disparase en sentido contrario, *simultáneamente*, de modo que ambos disparos compensaran su retroceso. «Seguramente pensarán que estoy loco» *(Nun können Sie mir höchstens noch sagen, ich wäre verrückt)*, escribió. Incapaces de pensar una respuesta adecuada, los ingenieros no contestaron, de modo que Alfred les envió otra áspera nota: «Si creen que ignorándome van a impresionarme, se equivocan.» (37).

Krupp no cesaba de hacer proyectos, por más que sus técnicos le suplicaban que dejara descansar el lápiz. Después de toda una vida de imaginarios achaques, ahora ya estaba declaradamente senil. En el otoño de 1884, Düsseldorf se dispuso a recibir a Bismarck. El canciller quiso detenerse en Essen, pero Krupp confesó que «no podría recibir al príncipe en la estación, ni acompañarle a los talleres, ni siquiera saludarle allí junto a su séquito», ya que no se encontraba bien «para hacer nada que no sea vegetar y evitar todo motivo de excitación». En el siguiente mes de abril, Krupp hizo un breve viaje y escribió al día siguiente: «He regresado con lumbago. Ahora van a llenarme de emplastos; si eso no surte efecto, entonces el doctor Dicken me electrificará.» Ante su indignación, Dicken falleció dos semanas después. Eso era algo propio de la profesión médica, clamó iracundo; los muy necios no sabían curarse ellos mismos. «Ahora soy "el viejecito" —escribió tristemente a Longsdon—. Temo ir en carruaje, ya que después de dos horas de marcha apenas puedo subir las escaleras... Tengo aquí un médico en Berlín.» El recién llegado no era otro que el profesor Schweninger, el médico del canciller de hierro, de no menos férrea voluntad. Temeroso, Alfred se refería a él como «mi torturador». Esta vez, sin embargo, el médico no ordenó a Krupp que se levantase. En lugar de ello le dejó varias botellas de un brebaje que por sus efectos parecía sospechosamente fortalecido con una buena dosis de alcohol. Desconfiando de los médicos alemanes, Alfred pidió a Longsdon que le diese su opinión de «un doctor de Londres». De todos modos, admitió que «el estómago se siente muy complacido con aquel líquido» (38).

A veces reflexionaba sobre el Más Allá. ¿Acaso existía? Krupp lo dudaba. Y sin embargo, podía equivocarse en eso. En tal caso estaba dispuesto a ser juzgado «en presencia del Señor» *(vor seinem Herrgott)*. Pero no estaba claro que fuera a comprometer sus principios en «un regateo con Dios por un asiento de segunda clase en el Paraíso» *(keinen Kompromiss, versucht nicht, Gott ein Plätzchen im Paradiese abzuhandel)*. Eso no sería «varonil» *(männlich)*. Prefería seguir golpeando en su yunque hasta el fin, y así aunque escribió el 1.° de marzo de 1887 «me han prohibido trabajar»; justificaba su desobediencia basándose en que

«el éxito no puede hacerme más que bien». Por desgracia, los nuevos tiempos iban a ser cosechados por otros. Cuatro semanas después se enteró de que un ingeniero electrotécnico llamado Hiram Maxim había inventado una ametralladora sin manivela que usaba su propio retroceso para hacer fuego, expulsar los cartuchos y cargarse de nuevo. «Lo que he sabido —escribió Alfred el 31 de marzo—, es asombroso, y envidio al inventor.» (39).

Su último esfuerzo por revolucionar el arte de la guerra —y al mismo tiempo para suministrar una adecuada plataforma para su infortunado cañón blindado—, fue lo que describió como su «barco célula», o «batería flotante», o «isla hueca». «Dentro de poco —observó—, podremos suministrar la prueba de que cualquier barco blindado resulta destruido por nuestras granadas, tanto por encima como por debajo del agua. Esos buques tan caros resultarán inservibles. Por lo tanto, habrá que encontrar algo que les sustituya» *(Nun ist es die Aufgabe Ersatz dafür zu finden.)* (40).

El sustituto que creó era descabellado. Con la forma de un plato, sostenido por celdas de aire, el artefacto avanzaría hacia tierra a través de playas lisas, durante la marea alta, para destruir las fortificaciones costeras marchándose con la bajamar. Con su temblorosa mano de anciano, Alfred dibujó los planos en una sola noche, y llenó cuarenta y dos páginas con notas escasamente legibles:

> *...«Ohne jeden Panzer von aussen... Wasser in dieses Schiff und wie beim schweren Panzer rasch alles verloren ist, werden bei uns nur die Leute getötet, die getroffen werden.»*
>
> «...No habrá coraza externa... El buque debe tener el tamaño suficiente como para poseer el número adecuado de células que le mantengan fuera del agua, aunque puede hundirse hasta la profundidad de una cubierta... Un buque blindado en cuyo casco penetren unas pocas granadas se hundiría inevitablemente. En este otro barco las granadas pueden penetrar, y donde se produzca cada impacto, tal vez entrarán en la nave unos pocos centenares de pies cúbicos de agua, y mientras que si tuviera una pesada armadura todo se perdería rápidamente, aquí sólo perecerían los hombres que recibieran directamente los disparos.»

Claro está que habría incrédulos, los hijos de aquellos que rechazaron su cañón de acero, aseguró Alfred. Estos se reirían y burlarían. Pero él estaba dispuesto a contestar a sus frívolas objeciones.

> *«Je grösser die Aufgabe je schwieriger die Lösung erscheint, desto grösser der Verdienst... so denke ich mir doch, dass man durch Anker und Ketten solche Verbindungen herstellen kann mit dem Geschütz, dass man später wenn Ruhe wieder ist, es heraufholen kann.»*
>
> «Cuando más considerable parece ser una empresa, y más difícil resulta su solución, mayor es el triunfo logrado. Supongamos que se examina un punto débil del cañón de la "isla hueca". Inmóvil, sería alcanzado y hundido por los buques de guerra enemigos. De todos modos, y antes que ello ocurra, el primer barco puede lanzar

unos disparos al casco del segundo, que serán fatales para éste. Por consiguiente, aunque sacrifiquemos un cañón, el enemigo pierde su nave. Si hemos remolcado nuestra "isla" al océano de modo que impidamos al enemigo bombardear nuestras costas, y realmente somos incapaces de salvar la batería de una fuerza superior, y llevarla de vuelta al puerto, creo yo que aún podemos dejar una boya en el lugar, para que más tarde, cuando la paz se haya firmado, el cañón pueda ser puesto a flote de nuevo.» (41).

El hijo y el médico de Alfred estudiaron juntos los planos. El facultativo murmuró suavemente «*Je!*» (¡Jesús!). Fritz dio entonces instrucciones a las fábricas de que ignorasen al Unico Propietario, y Schweninger consiguió de Alfred la promesa de que no volvería a comunicarse con sus bienamados talleres en lo sucesivo (42).

El 13 de julio de 1887, el médico examinó a su enflaquecido paciente en uno de los cavernosos dormitorios de piedra del piso superior, y encontró su estado estacionario. Fritz se marchó de viaje. Al día siguiente, el Rey de los Cañones, ya con setenta y cinco años, y solo en la mansión con sus criados, murió de un ataque cardíaco, desplomándose en brazos de su fiel ayuda de cámara, Ludger. Sufrió un espasmo repentino, se puso rígido, y cuando se aflojaron sus músculos, de su mano lacia cayó sobre el suelo de mármol un lápiz ya gastado. En París, donde se celebraba el día de la Bastilla, la nación francesa se mostró llena de júbilo. Brutales artículos en la Prensa de la capital informaban que Krupp había robado su proceso del acero colado a Bessemer, que en los últimos años los cañones de Krupp habían «fracasado y estallado», y que sólo prosperó porque los verdaderos dueños de la firma eran Bismarck y la familia real prusiana. «La artillería francesa es superior a la alemana en todos los aspectos» escribió *Le Matin* en un artículo que fue leído con amargura por uno de los miembros de la familia real alemana, Federico Guillermo Víctor Alberto, un Hohenzollern de veintiocho años que estaba destinado a pasar a la historia como *el kaiser* Guillermo. Pero los diarios parisienses eran una excepción. La mayor parte de los editoriales extranjeros relacionaban el nombre de Krupp con el del canciller y el emperador, señalándole como uno de los artífices de la victoria de 1871, y por consiguiente, uno de los fundadores del Reich (43).

A decir verdad, pocas naciones se hallaban en situación de considerar desapasionadamente la carrera de Alfred, pues éste había armado a veintiséis de ellas. En Hügel se guardaba un anillo de diamantes del gran duque Miguel Mihailovitch, una cajita de rapé de oro macizo regalada por Francisco José de Austria, y un jarrón de dos mil años de antigüedad que le obsequiara Li Hung-chang. Mucho más que cualquier otra persona, Krupp había contribuido a crear el escenario de los grandes holocaustos que se iniciarían en 1914, y como reconocimiento a sus hazañas, los agradecidos Gobiernos de la época le recompensaron con cuarenta y cuatro condecoraciones entre medallas, cruces y estrellas, además de múltiples honores por parte de España, Bélgica, Italia, Rumania, Austria, Rusia, Turquía y Brasil. Suecia le condecoró con la Orden de Vasa, Japón con la Orden del Sol Naciente, y Grecia le nombró comandante de la Orden del Redentor (44).

Alfred planeó con todo detalle sus funerales, y Essen siguió esas instrucciones al pie de la letra. Durante tres días yació en el salón principal del castillo (*). En la tercera noche, el descarnado cadáver fue llevado por el largo camino que conducía hasta los talleres, entre mástiles con

(*) El «Salón Blanco», como se le llamaba entonces. Hoy es sala de música.

banderas de un negro intenso, al tiempo que doce mil Kruppianer sostenían en alto humeantes antorchas. Antes de enterrarle, se le exhibió brevemente en la cabaña donde falleciera su padre. A causa de la restauración de la Stammhaus, ésta se hallaba casi igual que cuando la inhumación del padre de Alfred sesenta años antes, cuando el joven Krupp abandonó la casa siendo apenas un chiquillo delgaducho y atemorizado. Por orden de Alfred todo se conservó, incluso los zuecos de madera que llevaba a la Gusstahlfabrik. Allí los asistentes al sepelio le vieron por última vez. Luego una cureña trasladó el ataúd hasta el panteón familiar del cementerio de Kettwig, próximo a los restos de la muralla medieval de la ciudad, donde Jencke hizo el panegírico final:

> *«Er war das Beispiel eines glühenden Patrioten, dem kein Opfer zu gross war für sein Vaterland.»*
>
> «El noble caballero que fue un ejemplo de ese patriotismo que no ahorra sacrificio alguno por el engrandecimiento de la patria.» (45).

En la muerte, como lo había sido en vida, el cuerpo de Alfred demostró ser incansable. El cementerio de Kettwig tuvo que ser demolido a fin de dejar espacio para una nueva estación ferroviaria. A semejanza de su padre, cuyo cadáver fue trasladado tantas veces que al fin se perdió, la tranquilidad del Rey de los Cañones fue turbada por la constante expansión de la ciudad que él había contribuido a poner en el mapa, y la consiguiente necesidad de ir alejando los cementerios. En 1956, sin embargo, los restos de Alfred fueron colocados en una cripta perpetua por su biznieto, Alfried, quien, a fin de restaurar el honor y la prosperidad de la dinastía, decidió reunir a todos los familiares muertos. Alfried llevó hasta el Ruhr las cenizas de su padre, Gustav, que descansaban en una lejana propiedad de los Krupp. El hermano más joven de Alfried, Eckbert, fue hallado debajo de una cruz de la Wehrmacht, en Italia, y a los huesos de otros Krupp se los reunió y volvió a enterrar en Bredeney, un distinguido barrio periférico de Essen (46).

El cementerio es privado, causa temor y está bien guardado. Un camino de granito rosa serpentea por los cuidados jardines, entre tulipanes y arbustos perennes. Luego, de pronto, uno se encuentra ante la zona de sepulcros, un asombroso conjunto de enormes tumbas de mármol negro. Gustav y su mujer, la segunda Bertha, yacen juntos en la misma tumba. Sus hijos, caídos en guerra, reposan a sus pies. La marca de fábrica de Krupp está grabada en la lápida de Fritz, el hijo de Alfred. Y por encima de todos sobresale el monumento funerario del propio Alfred. Una vez más, el viejo Rey de los Cañones domina a los Krupp. Su sepulcro presenta varias gradas y mide siete metros de alto. Aquí y allá, unas figuras de bronce se alzan sobre las losas de mármol, vigilando las tumbas. Algunas de esas estatuas son ángeles, y una de ellas es una enorme águila agazapada. El ave sujeta entre sus garras una corona mortuoria. Sin embargo, su expresión nada tiene de triste. El águila está inquieta, como si se hallase encolerizada (47).

8

Príncipe de la sangre

Y así llegamos a Friedrich Alfred, más conocido como Fritz Alfred, o sencillamente, Fritz, el más afortunado, desconcertante, encantador, repulsivo y, con la única excepción de su nieto Alfried, el más enigmático de todos los Krupp. Ausente de su actual tumba de Bredeney está la pequeña placa de bronce que se fijó en la lápida de su sepulcro antes de que, junto con su padre y abuelo, fueron llevados desde la Stammhaus al cementerio de Kettwig. «*Ich verzeihe allen meinen Feinden.*» («Perdono a todos mis enemigos»), decía la inscripción. Lo que Fritz dijera en realidad no es seguro. A pesar de todo, la frase reflejaba el espíritu del hombre. Esta era invariablemente generoso, caritativo y afable. No resulta fácil separarle de las tormentas que llegaron a envolverle, y los torpes intentos de sus jefes de propaganda para realzar su imagen no le ayudaron en nada. Los suyos fueron los años en que la firma se preocupó más de su reputación en el extranjero. Un artículo de *Outlook*, una revista norteamericana, nos da una visión acerca de la vida prusiana a comienzos de siglo. Al describir la preocupación de la firma Krupp por el bienestar de sus trabajadores, cierto colaborador, Edward A. Steiner, escribió el 25 de junio de 1902:

> «Me he hallado en presencia de muchos grandes, de nobles y monarcas, pero rara vez me he inclinado con más reverencia que ante este ocupado negociante, que no estuvo lo bastante atareado como para olvidar a aquellos que le ayudaron a crear su riqueza.
>
> »Ha venido usted desde Norteamérica para vernos; es una atención por su parte. ¿Qué desea ver, nuestros productos de paz o de guerra?
>
> »"Las reacciones sentimentales de su corazón, míster Krupp", le contesté; y una sonrisa pasó por aquel rostro austero» (1).

Es poco probable que Steiner se estuviera refiriendo al único heredero del Unico Propietario, cuyo aspecto era cualquier cosa menos austero. (Se parecía extraordinariamente al fallecido actor Jean Hersholt.) A pesar de todo, se aplicó con ahínco a sus *Wohlfahrtseinrichtungen*, las instituciones para mejorar la situación de sus Kruppianer. Terminó con la negrera tradición de los Schlotbarone, convirtiéndose en el primero (y

último) filántropo del Ruhr. Las políticas industriales elevadas le gustaban, y detestaba la violencia de quienes, paradójicamente, él era un símbolo internacional. Como dijo una vez a Guillermo II, «mi fortuna es mi maldición; sin ella hubiese dedicado mi vida a la pintura, la literatura y las ciencias» (2).

No obstante, lo cierto es que el número de aquellos enemigos que en su lápida absolvía, que le acosaron toda su vida y se regocijaron con su muerte, era extraordinario. Tan profundo fue el odio que inspiró, que después de su entierro la policía de Krupp tuvo que vigilar su tumba a todas horas, apartando a los individuos que pretendían profanar su ataúd (3). En parte, esto fue debido a su final espectacular, y en parte fue consecuencia de la época. Ningún Rey de los Cañones —a diferencia de su padre, le disgustaba el sobrenombre, pero de todos modos lo conservó— pudo haber eludido la notoriedad *fin-de-siècle*. Principalmente, la implacable hostilidad que se centró sobre este sagaz y sensible introvertido, fue una parte de la herencia que había recibido. Krupp, padre, había sembrado vientos; Krupp, hijo, estaba destinado a recoger tempestades. Sólo hubiera podido evitar su sino de haber tenido su propia personalidad, y no era nada de eso; a su modo, indudablemente complicado, era incluso más capaz que el propio Alfred.

Durante su juventud, esta cualidad había permanecido bien oculta. Un ojo agudo, ducho en las sutilezas, quizá hubiera advertido el *Geist* latente detrás de aquella complicada fachada. Su padre carecía de esa visión; hasta el día de su muerte tuvo profundas dudas acerca de la capacidad de su sucesor. Alfred hubiera querido otro Alfred, pero los dos Reyes del Cañón no podían ser más dispares. El padre fue «herr Krupp» a la edad de catorce años, mientras que Friedrich Alfred fue «Fritz» toda su vida (4). A pesar de sus enfermedades imaginarias, Alfred tuvo la constitución del Kruppstahl; a pesar de su robusto aspecto, el hijo era realmente endeble, un enfermo crónico de alta presión y asma, lo que pudo atribuirse, como creía su atribulada madre, a su nacimiento en el impuro aire de los patios de la fábrica. El viejo Krupp era huesudo y lunático. El vástago era rollizo, miope y plácido, y de joven sólo se interesó por las ciencias naturales. Durante su juventud parece que pasó la mayor parte del tiempo pesándose y alzando angustiado la mirada por lo que señalaba la balanza, así como clasificando muestras de flora y fauna.

El Gran Krupp se mostró aterrado ante estas disposiciones de ánimo. Increíblemente gozoso ante la llegada de su heredero varón, bautizó a su martillo pilón más potente con el nombre del recién nacido. Pero luego, sus esperanzas, igual que el inseguro artefacto, se estropearon. La dinastía parecía sentenciada; había engendrado un botarate. Durante un tiempo, Alfred pensó seriamente en desheredar al joven y mandarle al campo como granjero (5). Luego, conforme Fritz llegó a la adolescencia, su salud fue mejorando. Alfred cambió de parecer, y se dijo que en lugar de desheredarle, iba a prepararle para el futuro. Los ejemplares de ciencias naturales quedaban *verboten*. Lo mismo iba a ocurrir con la educación corriente del muchacho, que diría adiós a los preceptores. Fritz comenzaba a asistir al *Gymnasium* de Essen cuando, ante su desesperación, su padre le ordenó que abandonase el colegio.

Alfred tenía diversas razones para obrar así. Una de ellas era su egoísmo. Sentía afecto por su blandengue hijo, ya que, como escribió a un miembro de su administración, Fritz era su «único muchacho» y se había pasado la niñez «con mi mujer, lejos de mí». El pensamiento de que él se veía privado de preciosas horas de buena compañía, mientras Fritz se encontraba en clase, era algo que irritaba a Alfred. Siendo como

era, declaró también prohibidas las clases. Y sus razones le parecieron evidentes: sólo el Unico Propietario podía inculcar una buena educación y una gran perspicacia en el alumno, cosa que no podían suministrarle en un colegio. Sería el *Gymnasialdirektor* de su hijo. Al respecto escribió: «Lo mejor que puedo esperar y hacer por Fritz, y creo que para él eso será más valioso que su herencia, es aconsejarle que reúna y archive todos mis escritos, a fin de que siempre tenga presente el espíritu y las ambiciones de mi carrera, y se ahorre muchas angustias, siempre que acepte con confianza lo que yo mismo, con igual franqueza, he dejado escrito y he querido que comprendiese.» *(So wird er mehr und mehr sich hineinfinden in den Geist und das Streben meines Lebens und viel eigenes Denken und eigene Sorgen wird er sich ersparen, wenn er mit Über zeugung das aufrehmen wird, was ich Überzeugung geschrieben und gewollt habe.)* (6).

La instrucción comenzó en Torquay, en el otoño siguiente a la guerra franco-prusiana. Entregó Alfred al muchacho un grueso cuaderno y un puñado de lápices de punta bien afilada. Cada vez que una idea inspirada cruzaba la mente del padre, la decía en voz alta, y la tarea de Fritz era escribirla en el cuaderno. El 11 de octubre, Krupp escribió al Prokura ordenando que se conservase toda su correspondencia «para que mi hijo pueda estudiarla más tarde». De vuelta a la Gusstahlfabrik, envió una comunicación a Torquay («De Alfred Krupp a Friedrich Alfred Krupp»), haciéndole notar las inapreciables enseñanzas que obtendría copiando las palabras de un hombre sabio. «Por lo tanto, te recomiendo —concluía— que reúnas y archives todas mis cartas.» ¿No era eso mejor que coleccionar muestras vegetales?, le preguntaba (7).

Era difícil que Fritz hubiese contestado afirmativamente. El joven, que entonces tenía diecisiete años, comprendió que la tarea sería abrumadora, ya que su padre era una máquina viviente de hacer cartas. Sin embargo, accedió dócilmente a la petición. La vida con su padre le había enseñado a ser evasivo, y así prosiguió la educación del príncipe heredero universal, o, como Alfred había escrito, del «*wahrscheinlicher Erbe des Etablissements*» (el presunto heredero de los establecimientos). «Este consejo te será más valioso que tu propia herencia», dictó el padre. Y el hijo copió concienzudamente esas palabras. Luego siguieron una serie de prejuicios propios de Alfred, como que su hijo debía acostumbrarse a desconfiar de la gente, para que «nadie pueda engañarte» y que tenía que promover «toda posibilidad de progresar, incluso con diez años de adelanto». Ya que si «muchas personas inteligentes pueden considerar esto como superfluo, y los perezosos mentales así lo pensarán..., siempre he creído que es algo que beneficia, del mismo modo que el jefe del Estado Mayor prevé todos los movimientos posibles, tanto en casos de victoria como de derrota». La victoria, para un Unico Propietario, significaba el absoluto dominio de sus posesiones. La derrota sería caer en manos de «los animales de presa de una compañía de accionistas». Si Fried. Krupp de Essen se convertía en una de esas empresas, Alfred volvería del infierno para perseguir a su hijo.

Había en esto una excepción. Por mucho que Alfred despreciase a los accionistas, aún detestaba más el matriarcado. Si Fritz no lograba tener descendencia masculina, era preferible que la propiedad de la empresa fuese pública, antes de que cayera en manos de una mujer (8).

Y eso le hizo acordarse de algo más. No estaba dispuesto a perder el tiempo con una sola generación, sino que esperaba que sus enseñanzas llegaran a los hijos de los hijos de sus hijos, «*für ewig Zeiten*», como escribió posteriormente a su hijo, es decir, «para la posteridad». En consecuencia, cuando redactó su *Generalregulativ*, el muchacho le sirvió de

amanuense. La carta del primo de Bertha, Ernst, dirigida desde Torquay y poniendo en guardia al Prokura sobre la inminente aparición de su nueva constitución, da una idea de lo que el muchacho tenía que aguantar. Acerca de las reglas, Alfred escribió:

> «*Ich schicke Dir später mein Originalschreiben (in Bleistift) welches Fritz abgeschrieben hat... Das ist mir eine, Freude und eine Beruhigung.*»
>
> «Más adelante les enviaré mi manuscrito (en lápiz) que Fritz ha copiado. Fritz se compró un cuaderno en el que le escribiré diversas cosas; también copiará esta larga carta en ese cuaderno, y por favor, envíenle lo que he escrito acerca del control de los administradores y capataces de talleres, o bien una copia de ello, a fin de que pueda incluirlo en su colección. Me complace ver que está desempeñando su tarea por propia voluntad, que se siente absorto y encantado con eso, y que actúa voluntariamente; ya está tomando en serio su futura carrera. Eso me complace y conforta» (9).

Todo esto eran falsedades. Fritz no podía aplicarse voluntariamente a una empresa tan engorrosa, y mucho menos podía sentirse encantado con ella. En ocasiones encontraba una joya entre el cieno. La sugerencia de su padre de que «*Du musst beim künftigen Kaiser das sein, was ich beim jetzigen war*» (*), era el consejo más importante que podía haber recibido. Aunque vulnerable a un estudio más profundo, a la luz de lo que entonces se conocía era una recomendación prudente. Y también era una excepción. La mayor parte del tiempo, el hijo se veía abrumado por un torrente de palabras huecas. Como más tarde llegó a admitir, con su instintivo tacto, «debido a los altos ideales de mi padre, los años de mi aprendizaje (*Lehrjahre*), no fueron fáciles». En realidad, fueron insoportables. El muchacho llegó a adquirir el calambre del escribiente. Estaba desesperado, e ingresó en el ejército (10).

Fritz no se alistó, pues eso hubiera causado un rompimiento con su padre, pero de todos modos, el efecto fue el mismo. Siendo el presunto heredero del Rey de los Cañones, se le había dado acceso a los selectos círculos del *Offizierskorps*, y él se las arregló para que le incluyesen en el servicio militar obligatorio. Fue un brillante golpe que le permitía escapar sin deshonor por la única salida. Alfred, que estaba haciendo fortuna con el militarismo alemán, no podía poner ninguna objeción. Destinado en Karlsruhe a los Dragones de Baden, Fritz sintióse enormemente feliz. Después de la tiranía paterna, la disciplina prusiana resultaba una minucia. De vuelta a Villa Hügel, Alfred gritó iracundo a causa de su impotencia y porque le habían quitado a su hijo, pero al cabo de pocas semanas tenía de nuevo a su lado al amanuense. Los dragones licenciaron definitivamente al recluta por «miopía, ataques de asma y excesivo peso». Profundamente afligido, Fritz sollozó amargamente. Alfred le obsequió con una resma de papel y una caja de lápices flamantes. Con ellos aparecía una nota de bienvenida, que comenzaba alegremente:

> «*Lieber Fritz!*
> *Ich kam in den Zug, aus dem einen ins andere, so werde ich fortfahren für Dich meine Überzeugungen niederzulegen.*»

(*) Literalmente, «Debes sostener, con el futuro kaiser, las mismas relaciones que yo tengo con el actual». Esto fue escrito en 1872, durante la tirantez entre Alfred y Guillermo a causa del envío del nuevo cañón de campaña de Krupp a los austríacos.

«Querido Fritz:

»Mi cúmulo de ideas me conduce de una cosa a otra, de modo que seguiré explicándote mis puntos de vista.»

Después de una dura denuncia contra los *Kanalschwärmer* (fanáticos del canal), siniestras figuras que trataban de mejorar las vías navegables del Ruhr con los impuestos de Krupp, éste terminaba diciendo: «*Ich wünsche Dir viel Vergnügen. Dein treuer Alter* («Deseo que lo pases bien. Tu cariñoso Viejo») (11).

El Viejo realmente creía que estaba dando al muchacho un trato muy especial. Los médicos no estuvieron de acuerdo con esto. El médico del Karlsruhe no tuvo más remedio que rechazar a aquel joven rollizo y de gafas cuyo jadeo, después de haber recorrido a paso de ganso el terreno de desfile, raspaba como una lima. Fritz no tenía condiciones para ser soldado, y ni siquiera podía pasar todo el tiempo en el Ruhr. En resumen, era un muchacho enfermizo, y su padre llegó a alarmarse. El ubicuo Ernst Schweninger llegó desde Berlín, escuchó las boqueadas de Fritz y exclamó: «¡ACUESTATE!» Luego masajeó el fofo pecho con sus dedos huesudos, y levantándose manifestó: «*Gelenkrheumatismus*» (artritis reumatoide). Alfred preguntó si era algo grave. El médico repuso que no, pero que no podría curarse en aquella casa, que olía como un excusado de caballos, ni en aquel valle con su aire enrarecido. Lo que el joven necesitaba era un largo viaje por unas tierras de clima vigorizante, en compañía de un médico. Schweninger recomendó el valle del Nilo. El no podía acompañar a Fritz, pero su colega Schmidt estaba disponible (12).

Esto ocurría en setiembre de 1874. Tres meses más tarde, Fritz y el doctor Schmidt se hallaban en El Cairo, presumiblemente fuera del alcance de Alfred. Pero, no; allí donde había un cartero, allí estaba Krupp. Sus primeras cartas fueron solícitas. El 22 de diciembre escribió: «*Freue ich mich über Dein gutes Befinden.*» (Me alegro de que te encuentres bien.) Aunque en la siguiente frase se aplicaba a exponer una serie de quejas destinadas a que Fritz se sintiera culpable por hallarse de vacaciones mientras su pobre «Alter» batallaba él solo contra graves contratiempos:

«*Ich vegetiere mit fortwährendem Wechsel von Nerven und Erkältungs-leiden, welche von denen die sie nicht haben, sehr gering geachtet werden... Das Widerstreben ist grösser als die Treue und meine frühere Vorstellung von der Allgemeinheit der Treue stellt sich immer mehr als Illusion heraus.*»

«Aún estoy vegetando entre alternas dolencias nerviosas y resfriados, que las gentes que no lo padecen creen que no es nada. Mi tiempo está tan lleno de ocupaciones como siempre, y no hago más que escribir y escribir. No tendría todas esas cargas y ansiedades, ni todo este trabajo, si los responsables de ello cumplieran con su deber. Con el tiempo, el orden volverá a reinar. Tal vez no sea demasiado tarde. Pero resulta muy difícil inculcar un sentido de orden y deber donde el ambiente ha favorecido las malas hierbas de la pereza y la irresponsabilidad. Hay hacia mí más hostilidad que lealtad, y cada día me doy más cuenta de que mi antigua creencia de que la lealtad se encuentra en todas partes, es sólo una ilusión (13).

Ordnung: el orden. Esa seguía siendo su mayor pasión, y conforme Alfred fue haciéndose viejo, se convenció de que todos los que le rodea-

ban estaban urdiendo una conspiración para privarle de ese orden. Un cuarto de siglo antes de que John Fiske popularizase la palabra paranoia en el Atlantic Monthly, Alfred era ya un paranoico hecho y derecho; el mayor paranoico de todos los alemanes, tal vez, hasta que apareció el campeón del Nuevo Orden, infectando a la nación. En realidad, Fritz tuvo más justificación que su padre para pensar mal, ya que realmente le perseguían. Desde Egipto envió a su padre unas fotografías que le tomaron junto al Nilo, y Alfred le contestó en seguida, como para alentarle:

«Mein lieber Fritz!
Mit grosser Freude habe ich aus den übersandten Photographien ersehen, dass Du bereits kräftiger aussiehst als je.»

«Mi querido Fritz:
Con gran placer he advertido, por las fotografías que me enviaste, que pareces estar mucho más fuerte que nunca» (14).

Por las citadas instantáneas, el muchacho distaba mucho de parecer fuerte, y en realidad no lo estaba. Sufría constantes dolores y no se hallaba en condiciones de trabajar. De todos modos, eso era lo que su Viejo estaba proyectando para él. Alfred nunca había olvidado que su primer cañón lo vendió al jedive Said de Egipto. Ahora el sobrino de Said, Ismail, se hallaba en el trono de aquel país. Sin duda debía haber «algún» negocio por allí, que pudiera aprovecharse. En la noche de fin de año, la mirada de Alfred se había detenido interesada en un párrafo de un periódico. A principios de ese año, Ismail se anexionó la provincia sudanesa de Darfur, y ahora se hablaba de que los egipcios podían construir un ferrocarril en dicha región. Pero todo eran necedades. El jedive se hallaba tan arruinado que en menos de un año se vería obligado a vender a los británicos las acciones que poseía del canal de Suez; pero Alfred se dispuso a aprovechar la ocasión, despachó su agente de Constantinopla hacia El Cairo y telegrafió a Fritz instrucciones para que iniciase conversaciones de venta. Esa misma noche le escribió: «Estoy dispuesto a hacerme cargo de todo el ferrocarril hasta Darfur *(die ganze Bahn nach Darfur)*, comprendidos los terraplenes. Por lo tanto, puedes ir directamente a hablar con la gente que esté interesada en el asunto, para hacerte una idea de ello.» *(Welche sich dafür interessieren mögen und eine Stellung zu solchem Unternehmen einnehman.)* Esto parece, sin duda, una orden de trabajo. Luego, Alfred admitía: «Es posible, desde luego, que estos rumores no tengan fundamento y que no haya en estos momentos de posibilidad de tales trabajos, o bien que el informe sólo sea correcto en parte. Aun en tal caso, no se habrá perdido nada del trabajo intelectual de escribir *(ist kein Nachdenken und keine Zeile deshalb vergeudet)*; un caso parecido podría ocurrir más tarde, y ya habríamos pensado en ello por adelantado, aprovechando nuestras conclusiones actuales» (15).

Era improbable. «Ese» caso, tal como Alfred lo concebía, no existía. Lo asombroso de la cuestión era que Krupp no tenía idea siquiera del lugar donde estaba el Sudán. Le pareció que debía hallarse por el Oriente Medio. A la mañana siguiente envió a Fritz otra carta explicando que si había apelado a él, era debido a que «durante largo tiempo he estado dándole vueltas a la idea de unir Europa con el Lejano Oriente por medio de un ferrocarril, y pienso que hay que hacer gran cantidad de trabajo preliminar por esas líneas, mucho más de lo que yo había creído, buena parte de ello ahorrando camino con mi plan original, y modificándolo» *(welches meine ursprüngliche Idee durchkreutz und läutert)* (16).

Se había anticipado trece años a la idea de poner el *Drang nach Osten* del Reich sobre ruedas, pero su ignorancia de la geografía sólo iba a causar un perjuicio innecesario a su hijo. Obediente, el heredero se dirigió penosamente al palacio, y más tarde informó que Ismail no estaba interesado en ello. Aún insatisfecho, Alfred envió un telegrama a Fritz pidiéndole que solicitara audiencia con «el pachá Zeki». Según se decía, Zeki era un hombre influyente en Egipto, y sabría qué hilos había que mover para ese asunto. Fritz cojeó de nuevo hasta donde le mandaban y encontró al pachá muy mal predispuesto hacia el proyecto. El árabe sentía un odio furibundo contra todo lo que fueran ferrocarriles.

Al llegar a este punto, intervino el doctor Schmidt. Su paciente estaba empeorando, y no veía esperanzas de recuperación, a menos que se cortasen todos los vínculos de comunicación entre padre e hijo. En consecuencia, se dispuso a tomar medidas drásticas. Compró dos pasajes de tres meses de duración en un perezoso vapor del Nilo, y subió a Fritz a bordo sin decir nada a Essen. La correspondencia que siguió a esto es una de las más entretenidas que pueden hallarse en los archivos familiares de los Krupp. Alfred escribe sugiriendo una nueva entrevista con el jedive. No hay respuesta. Bueno, tal vez no era una buena idea, admite el anciano; de todos modos, eso no quiere decir que Fritz deba perder su tiempo «*herumreisen und herumtreiben*» (haraganeando y tonteando), y agrega en su carta: «Sin que ello impida tu recuperación, tendrás tiempo para estudiar. ¿Quién sabe el tiempo que aún puedo vivir?» Tampoco hubo respuesta (17). El 26 de enero, el anciano Alfred envía una nota amenazadora. Dice que tal vez Fritz no lo sepa, pero se han producido algunos cambios en los talleres. Todo el mundo —y repite «todo el mundo»— debe hacer lo que dice *der Alte*. Todos, sin excepción, obedecerán, y los que no cooperen o no trabajen en armonía ni con el mismo espíritu que los demás, tendrán que marcharse (18).

Deseando que la lección sea bien aprendida, al día siguiente reanuda el sermón, declarando: «Hay una cantidad enorme de consejos que quiero darte conforme te inicias en tu carrera. Hoy sólo tengo tiempo para lo más esencial. Voy a hablarte acerca de varias entrevistas que he sostenido, y sobre el carácter de ciertos individuos, sobre su capacidad o falta de ella» (*ihren Wert oder ihre Unbrauchbarkeit*) (19).

Tres semanas pasaron, y día a día el cartero de Hügel alzaba las manos vacías, impotente. La voz de Egipto seguía muda. ¿Estaría Fritz paralizado? ¿Habría caído víctima de alguna enfermedad tropical? No, Schmidt le hubiera comunicado tales noticias. Aburrido, Alfred se dispone a dar a su hijo algunas lecciones iniciales de contabilidad. Comienza así: «Hoy sólo te hablaré de lo que he tratado de explicarte con más detalle en fecha anterior. El primer punto es la naturaleza de la contabilidad, de las finanzas y el cálculo. Debes estudiar todo esto hasta que te sientas completamente familiarizado con ello.» *(In diesen Dingen musst Du immer vollständig zu Hause sein)* (20).

Esta misiva languidece en El Cairo, sin que nadie la lea. Luego, Alfred envía una arroba de papel, ordenando a Fritz que estudie cuidadosamente cada una de las palabras escritas. Como no le contestan, el Viejo despacha una áspera nota:

> «*Mein lieber Fritz*:
> *Ich bedauere, dass Du nicht dazu gelangt bist, die Kopien meiner Schreiben an die Prokura nachzulesen... Sie enthalten die Erfahrung meines Lebens und meiner Grundsätze, denen ich allein mein Wohlergehen verdanke und deren Nichtachtung allein die Ursache des Rüttelns an solchem Wohlergehen war.*»

«Lamento que no hayas leído las copias de mis cartas al Prokura, ni hayas hecho un resumen de ellas, estudiando su contenido, y que tampoco hayas leído las copias de otras cartas que les mandé. En ellas se contiene la experiencia de mi vida, y mis principios, a los que debo exclusivamente mi prosperidad, y la ignorancia de lo cual fue la única causa de haber arriesgado esa prosperidad» (21).

Silencio. Por lo visto, a nadie le importaba un bledo en Egipto acerca de las experiencias, los principios y la prosperidad de Krupp. *Hei! Buh!* ¿Qué demonios estaba ocurriendo? El 17 de febrero, el heredero cumplía veintiún años. En el castillo de la colina, Alfred y Bertha se reunieron en tal ocasión, soplaron las velitas de un pastel y enviaron telegramas de felicitación, que no fueron contestados. Entonces, Alfred se pone fuera de sí. Las cartas y telegramas de Essen manifiestan una ira creciente; se renueva la amenaza de desheredarle (siempre es posible —escribe el 18 de febrero— «tomar otras disposiciones a fin de conservar, sin preocupación de ninguna clase, el edificio que yo he creado». [*Anders zu disponieren, um mit grösstmölicher Zuversicht das Geschaffene zu erhalten*]. Y el viejo armero alcanza un grado agónico de desesperación. Entonces llega una breve misiva. El barquichuelo parece regresar de un lugar ignorado, y el doctor Schmidt telegrafía comunicando que su paciente se halla totalmente restablecido. Mientras las coléricas notas de Krupp se iban apilando en la oficina egipcia de Correos, su hijo se dedicaba a contemplar las garzas. Schmidt recibe la orden de regresar a Alemania para dar toda clase de explicaciones acerca de la no autorizada expedición. Fritz, libre de culpa, continuará en Egipto a fin de inspeccionar un grupo de cañones Krupp cuyas cureñas se han alabeado debido a lo árido del clima (22).

De un modo u otro, Fritz siempre tenía la respuesta adecuada, evitando así el choque fatal. A fin de sobrevivir, había cultivado una extraordinaria habilidad para la intriga, que, en los últimos años de su padre, fue de un incalculable valor para la firma. Desde 1870 a fines de 1880, los fabricantes internacionales de armas fueron reconocidos tácitamente como potencias independientes. Y como tales trataban directamente con los soberanos de distintos países. Alfred era un malísimo embajador. En Postdam sus bravatas eran debidamente aceptadas, ya que estaba tratando con sus compatriotas, los prusianos. Pero aun allí, su temperamento había dejado cicatrices imborrables. En el extranjero sus accesos de ira hubieran sido catastróficos. Por consiguiente, fue Fritz quien tuvo que visitar a los monarcas balcánicos y al zar de todas las Rusias, y quien representó a la firma en las ferias internacionales. Sus afables cualidades también resultaban útiles en Essen. Como su padre no le había dado una tarea determinada, Fritz estableció su despacho en la Stammhaus, y se aplicó a estudiar las notas intercambiadas entre Alfred y sus lugartenientes. No hay indicios de que su contribución fuese apreciada debidamente en esa época (en realidad, el comportamiento del Prokura respecto al heredero indica que los administradores le subestimaron por completo), pero no obstante, en varias ocasiones sirvió de amortiguador entre ellos y el Viejo. Dos veces logró convencer a un par de hombres valiosos (Sophus Goose y Wilhelm Gross) de que retiraran sus renuncias, después de unas disputas habidas con el Rey de los Cañones. En cierto momento, el anciano redactó un complicado informe «acerca de la eliminación del gas en la base de los proyectiles, de la guía y centraje de la bala, y del recubrimiento de la caja de pólvora con planchas, y también sobre el movimiento espiral progresivo». Envió este estudio a Gross, quien sin imaginar que el papel volvería a Hügel, garabateó una barbaridad sobre el mismo. Alfred leyó la frase, y

en reciprocidad, trató de enfrentar al comandante Von Trautmann con Gross. Fritz se enteró del asunto y escribió al comandante en los siguientes términos:

«Diese ganz privaten Zeilen schreibe ich in der Hoffnung, das Gute zu fördern, aber auch böse Folgen zu vermeiden...
Herzlichen Gruss und nehmen Sie diese Zeilen nicht übel.
Ihrem ganz ergebenen.

«Le escribo esta carta, absolutamente privada, en la esperanza de conseguir lo deseable, pero también para evitar lo que sería una gran desgracia... Antes de que usted entre en cualquier discusión, debe enviar a por los documentos pertinentes. Se dará cuenta por ellos de que Gross ha contestado a un buen número de preguntas. Estoy seguro de que usted se mostrará de acuerdo con él en numerosos aspectos. En tal caso, sería aconsejable que las respuestas, en cada oportunidad, fueran mutuamente coincidentes. Quiero estar muy seguro de que mi padre no crea que el modo de pensar de usted y el de Gross se oponen en aspectos fundamentales. Mi padre es muy propenso a cometer este error, el cual puede causar enorme confusión, y debe ser evitado en lo posible.

«Mis mejores deseos para usted. No se enfade conmigo por haberle escrito esto. Sinceramente suyo,

»F. A. KRUPP» (23)

Así, advertido de antemano, Trautmann capeó el temporal. Cierto es que de haber sabido Alfred que su hijo le estaba saboteando, sus rugidos hubiesen conmovido a todo el Ruhr. Pero no tenía la menor idea de ello. Había enseñado bien a Fritz, aunque no en la forma que él pretendiera. Creyó inculcar su voluntad, sus pasiones y su comportamiento en el muchacho, pero lo único que consiguió fue crear una imagen de sí mismo como la de un espejo, igual, pero opuesto. El viejo Krupp era directo, el joven Krupp era escurridizo. El progenitor era viril; el heredero, timorato. Alfred era rudo, Fritz era astuto. El padre era concreto, el hijo decepcionante. No podía ser de otra forma: el muchacho debía cultivar esas características porque carecía del espíritu suficiente como para batallar con un hombre que nunca vaciló en golpear, morder y pelear, y que, a diferencia de Fritz, no se había visto perjudicado por un duro rompimiento entre sus padres. El chico tal vez quisiera a su padre, no es posible saberlo; pero de lo que no hay duda es de que le tenía un miedo cerval. Era capaz de llegar a cualquier extremo con tal de evitar una discusión, y como era inteligente y poseía recursos, la disputa nunca se produjo.

Su casamiento fue otra cosa. Solo, Fritz nunca hubiera contradecido a su *treuer Alter* para llegar al altar. Por ello necesitó de dos poderosos aliados: su madre y su futura esposa, cada una de las cuales tenía un carácter más masculino que él. En realidad, es muy posible que fuese Bertha, y no Fritz, quien eligiese a Margarethe von Ende como esposa del heredero. La madre sintió un repentino aprecio por Marga, la presentó a su hijo, concertó las citas y proyectó el enlace, consiguiendo así un premio que no logró su esposo: una extensión de su identidad personal en la siguiente generación.

Exteriormente, las dos mujeres parecían tener muy poco en común. Bertha era una plebeya remolona; Marga, una patricia activa. A pesar de todo, sus valores eran los mismos. Cada una de ellas trataba de imponer sus derechos de mujer, y en un país tan dominado por los hombres que la educación mixta era un delito castigado con prisión, ambas se mostraron competidoras astutas y decididas. La mujer de Alfred había logrado su objetivo al terrible precio de él, de ella y del hijo de ambos. Bertha había recluido en un extraño mundo poblado de amigos parásitos, y tal vez por sus descabelladas fantasías, de las que sólo regresaba cuando quería. En nuestro siglo resulta difícil apreciar la táctica y los triunfos de una hembra rica y neurótica de hace un centenar de años, ya que su base de actuación ha desaparecido. Hoy se la hubiera diagnosticado y tratado, librando así a su marido e hijo de las angustias que fueron sus aliadas en la guerra que sostuvo contra ellos.

Marga era más fácil de comprender. Era una precursora de las sufragistas, un espíritu emancipado dispuesto a huir del opresivo capullo que la sociedad había tejido para ella. Pero no podía escapar lejos. Había sido erróneo decir que era mundana, o que estaba siquiera tan al corriente de las cosas, como por ejemplo, una chica de catorce años en 1960. En su hogar de Düsseldorf, ni el barón August von Ende ni su esposa hubieran revelado a sus hijos que los niños nacían desnudos, y por tal razón la baronesa trataba de ocultar a Marga su octavo embarazo. La muchacha sabía que su madre iba a tener un niño, pero sus conocimientos terminaban ahí. Por otra parte, ignoraba totalmente los aspectos más exóticos de la vida sexual, y más tarde su inocencia aumentaría considerablemente la gran tragedia de su vida y la de su esposo (24).

Tampoco sabía mucho más acerca de política. Cuando tenía diecisiete años la llevaron a Berlín, y con los ojos muy abiertos, bajo un cielo intensamente azul, contempló cómo el victorioso ejército prusiano, con los *Pickelhauben* reluciendo al sol, atravesaba la Puerta de Brandeburgo entre el resonar de trompetas, pífanos y tambores. Y en una ocasión, hasta oyó hablar al Canciller de Hierro. Y sin embargo, casi toda la historia que ella conocía, era la estrictamente familiar. Los Von Ende pertenecían a aquella nobleza que se empobreció por culpa del gran Bonaparte. A decir verdad, venían declinando desde hacía dos siglos, y para hallar entre ellos un antepasado realmente importante, había que retroceder otros doscientos años, hasta llegar a Franz von Sickingen (1481-1523), un caballero del Rin y dirigente de la Reforma, que sirvió a Carlos V como chambelán imperial. Hacia la década de 1870, las mujeres de la familia eran poco menos que fregonas que cortaban y cosían sus propios vestidos.

Y sin embargo, los títulos conservaban algo de su magia, y August von Ende representó a Düsseldorf en el primer Reichstag. En la capital, su impresionable hija oyó contar que había muchachas que se mantenían solas educando a pequeños. Le habló de esto a su madre, y ésta replicó en seguida que si llegaba a hacer algo por el estilo, la familia no la reconocería en lo sucesivo. A pesar de todo, Marga siguió adelante con su proyecto. Como no tenía educación suficiente para enseñar otras asignaturas, empleó su dominio de los idiomas, y se hizo gobernanta, primero de los niños de un almirante británico, en la lóbrega isla de Holvhead, frente a la costa de Gales, y luego, ya en un puesto más agradable, ayudando a una princesa del pequeño Estado germano de Dessau. De vez en cuando volvía de visita a su casa, donde no le cerraban la puerta. La baronesa no había cumplido su amenaza, si bien Marga se veía obligada a dormir en el cuarto de la criada, para que sus nueve hermanos menores comprendiesen que a la mayor se la trataba así por obrar por cuenta propia. Además, para evitar murmuraciones, se incluyó a la joven en los

viajes que hacía la familia, y así fue como conoció a los Krupp en Villa Hügel. August tenía que tratar algunos asuntos oficiales con Alfred, y llevó a su mujer y a sus hijos para que vieran el fantástico castillo. Bertha llevó a un lado a Marga para charlar, descubrió que tenía la misma edad que Fritz, y comenzó a preparar la alianza.

Los detalles de la pugna que siguió permanecen en la oscuridad. Uno de los pocos relatos dignos de confianza proviene de la baronesa Deichmann:

> «Los Krupp sólo tenían un hijo, Fritz. Me daba mucha pena del chico, que era delicado y sufría de asma, si bien su padre no parecía darse cuenta, y esperaba que hiciera el mismo trabajo que él hacía a su edad. Un tren especial se hallaba siempre preparado para llevar al infortunado Fritz a cualquier parte de Alemania en misión de negocios, de donde volvía agotado a causa del viaje.
>
> »Fritz venía a menudo a vernos a la calle Chester, en Garth, a fin de alejarse de Essen. Se comprometió con una encantadora damita, fraulein Von Ende. El padre se opuso a tal compromiso, pues anhelaba que su hijo se casara con la heredera de alguna gran industria. Pasó mucho tiempo antes de que se concediera el permiso paterno... Herr Krupp debió de ser muy especial en su ancianidad, ya que repudió a su esposa y se negó a dejarla volver a casa. Krupp era un hombre maravilloso en muchos aspectos, y se ocupaba de sus trabajadores de un modo paternal; pero siempre se mostraba severo con ellos. Daba las órdenes como un emperador, y había que obedecerle al pie de la letra (25).

A decir verdad, era dudoso que alguna futura nuera hubiese sido del agrado del marido de Bertha. Las propias experiencias de Alfred con las mujeres habían sido desafortunadas, y, además, se sentía celoso de Fritz. Como hombre que había triunfado solo, aborrecía a la nobleza prusiana, y puso objeciones al matrimonio. Aunque tenía que tratar con August, le desdeñaba, considerándole como un insignificante burócrata. No se sabe si Fritz acudió en defensa de su amor. El silencio era lo que más iba de acuerdo con su carácter, y puesto que su madre estaba batallando, no hacía falta que él se molestase. Una vez que Bertha se hubo retirado de Villa Hügel, para nunca regresar, Alfred dijo a Fritz que si tenía deseos de llevar a la *Hündin* al altar, lo hiciera en seguida. Al día siguiente, Fritz escribió a August:

> *«Hochverehrter Herr von Ende:*
> *Gestatten Sie mir bitte eine Zusammenkunft... oder wo Sie sonst Befehlen, damit ich um Ihre Genehmigung in einer Angelegenheit einkomme, von der mein Lebensglück abhängt... In erregter Spannung Ihr seit lange Ihnen treu ergebener.»*
>
> *»F. A. KRUPP»*

> «Estimado señor Von Ende:
> »Le ruego que me conceda una entrevista... para permitirme pedirle su opinión en un asunto del que depende mi felicidad... Con gran ansiedad e impaciencia me declaro, como siempre lo he sido, su más devoto,
>
> *»F. A. KRUPP»* (26)

La aprobación llegó inmediatamente. Es de imaginar que el barón no terminase de hacerse a la idea de su buena suerte. El año anterior, Marga había sido considerada por sus parientes como poco menos que una mujerzuela, y ahora se iba a casar con el más opulento heredero de la patria. En ese mismo verano de 1882 todos fueron a celebrar el compromiso a Wörlitz, y luego la boda se llevó a cabo en Blasewitz.

Bertha estuvo presente en la ceremonia, pero Alfred no. Después de la boda, Krupp les recibió en las escaleras del castillo con un discurso de bienvenida escrito. (Más trabajo para Fritz.) Colocándolo en un bolsillo, se dedicó luego a una de sus polémicas preferidas, denunciando las absurdas pretensiones de aquel trapisondista de Sajonia Weimar, llamado Johann Wolfgang von Goethe. Mientras su hijo movía vertiginosamente el lápiz, tratando de captar las rotundas vocales y las desgarradas consonantes, Krupp proclamó solemnemente: «No me importa lo gran filósofo que según se dice haya sido Goethe, ni las muchas personas a las que dispense su mundana sabiduría, respeto por la sociedad y por las altivas masas. Me importa un bledo todo eso. Aquellos que se miran al ombligo y emiten juicios de idiotas sin tener en cuenta la forma en que son considerados en cualquier parte, se convierten en el hazmerreír de todos, y esa es mi opinión de ellos. Por lo que a mí se refiere, al manejar mi negocio no presto atención a sus necedades. Sigo mi propio camino y jamás pregunto a nadie por lo que está bien hecho.» *(Ich für mich nehme auf keinen Menschen Rücksicht, gehe immer meinen eigenen Weg, frage niemanden, was Recht ist)* (27).

Alfred chasqueó los labios. Le complacían tanto sus observaciones que decidió remitírselas en una carta a un conocido de Düsseldorf, y a tal fin cogió las notas de Fritz en el acto. Luego, frunciendo el entrecejo, informó a la asombrada pareja de recién casados, que no tenía sitio donde alojarles.

Y era cierto. *Der Hügel* pasaba por uno de sus periódicos momentos de reparación, y de las trescientas habitaciones, sólo una, la del propio Alfred, se hallaba habitable. La joven pareja se marchó entonces a Madrid y permaneció con la familia real española, a quienes regalaron un cañón de largo alcance, como muestra de su gratitud. Al volver al Ruhr supieron que «*der alte Herr*» (el anciano señor), como Marga le llamaba siempre, había decidido albergarles en la pequeña casa. Una vez aposentada allí la novia, Alfred procedió a aleccionarla. Con lamentables notas la sermoneaba acerca del comportamiento que debía guardar con sus huéspedes. Cuando ella y Fritz se marchaban, Krupp observaba desde detrás de las cortinas echadas hasta que se disponían a subir al carruaje, y entonces Alfred enviaba un criado informándola de que quería verla al momento, para lo que luego resultaba ser una minucia.

Marga se negó a dejarse intimidar. Invitó a comer todos los días a Alfred; permaneció escuchando atentamente sus largos monólogos, y solicitó su consejo sobre ciertos problemas caseros. El anciano le contestó poco menos que insultándola. Dijo que estaba derrochando el dinero de él, Alfred Krupp, y que ella vivía como una reina. Marga inquirió la forma en que podía reducir los gastos, y Alfred le sugirió que ahorrase en la cuenta de las verduras, cultivándolas en los jardines. Ella hizo caso omiso del consejo, e insistió en invitar a sus padres, a pesar de que el anciano Krupp estaba convencido de que los parientes políticos de su hijo eran todos unos portadores de gérmenes. Así escribió a Longsdon, en uno de sus habituales arranques: «Fritz regresó hoy enfermo de Meppen; su mujer aún está convaleciente, y, además, los padres de ella, que se hallan aquí de visita, están también enfermos. La colina ahora es un verdadero hospital.» Con Marga fue aún más lejos, acusándola de

convertir su castillo en un «hospital de apestados» *(Spital für Pestkranke)*. La joven fue a pedirle disculpas por su endeble constitución, y el viejo Krupp se escondió, temiendo que le contaminase (28).

Esta situación se prolongó durante cinco años. Mientras tanto, Fritz estaba tratando de crearse un puesto en los talleres. Después de su enlace, su padre le nombró miembro del Prokura. Desde entonces recibiría el veinte por ciento de los beneficios anuales de la firma, o bien cien mil marcos, si aquella suma era inferior a ésta, a fin de que no tuviera preocupaciones económicas (29). A decir verdad, Fritz se hallaba bajo una enorme tensión emocional. Aunque tenía poco más de treinta años, parecía tener cerca de cincuenta. Su pelo aparecía canoso, los ojos miraban débilmente detrás de sus gafas de montura de oro, y su corpulencia era la de un hombre ya maduro. Como carecía de una tarea fija, él mismo se buscó el trabajo y se aplicó a él con todo celo. En primer lugar quiso conocer todos los aspectos técnicos de la fabricación del acero; luego se nombró a sí mismo una especie de ministro de Asuntos Exteriores de Krupp. Poco a poco, su exuberante presencia se hizo conocida en Pekín, Buenos Aires, Santiago y todas las capitales balcánicas. Se hizo un experto en los métodos de Armstrong, Schneider y del Mitsuis. En sus archivos figuraba el nombre y los antecedentes de todos los vendedores de armas extranjeros, así como estadísticas de artillería y análisis de gastos militares de todos los Gobiernos, y una extensa correspondencia con Gustav Nachtigal, el explorador alemán al que conoció en El Cairo, y cuyas primeras anexiones de territorios inspiraron las primeras exigencias para que se dotase a Alemania de una poderosa flota.

Casi sin que se dieran cuenta los demás administradores, Fritz se convirtió en el hombre mejor informado de Essen. Detrás de su pesada figura había una mente de primera clase, y sus virtudes debieron haberse puesto de manifiesto la primera vez que se hizo cargo del cometido de anfitrión de Villa Hügel. Un grupo de economistas, ingenieros y funcionarios japoneses llegaron al Ruhr después de una decepcionante acogida en París. Alfred designó a Fritz como su delegado. Antes de que los japoneses se marchasen, su respeto y sus yens pasaron de Schneider a Krupp, brillante golpe y consecuencia directa del concienzudo estudio del joven heredero, a pesar de que sus colegas de más edad no fueran capaces de advertirlo.

Colgando una pared de Villa Hügel, aún puede apreciarse un curioso cuadro de Fritz, en el que se le ve levantándose con premura de su escritorio. Más al fondo, Alfred mira hacia abajo con gesto severo. Uno tiene la impresión de que el hijo acaba de darse cuenta de la presencia de su padre, y se pone en pie de un salto. Así, indudablemente, aparecía Fritz a los ojos de los demás integrantes de la administración de la empresa; como un jovenzuelo incompetente e intimidado, cuyos éxitos eran consecuencia del genio de su padre. El viejo, sin duda, se habría mostrado de acuerdo con ese modo de pensar. Durante los últimos meses de su vida, Alfred escribió a cada uno de sus ayudantes diciéndoles que contaba con ellos para que ayudasen al heredero en el difícil período que seguiría a la muerte de él, Alfred Krupp. Consideraba a Fritz como un joven capacitado, pero poco decidido; de buenas intenciones, aunque carente de buen juicio, como lo había demostrado con su elección de Marga para esposa. Alfred siguió siendo el implacable enemigo de su nuera hasta el final.

Nada de lo que hacía Marga le complacía, y esa inquina culminó cuando ella trajo al mundo una hija en el mes de marzo de 1886. El hecho de bautizar a la niña con los nombres de Bertha Antoinette no valió de nada. Alfred se dijo que con ello no hacía más que recordarle incesantemente su propia infelicidad doméstica. Visitó la sala de niños una vez,

y luego regresó al castillo, manifestando en voz alta que los niños eran todos unas sabandijas. Durante el siguiente verano, el último de su existencia, Marga concibió otra vez. Alfred murió convencido de que el nuevo vástago sería una mujer, y así sucedió. Llamaron Bárbara a la niña, por la santa patrona de la artillería, pero eso no cambió el hecho de que no había un Krupp varón en la línea familiar (30).

Pero aunque el lejano horizonte se presentaba oscuro, el futuro inmediato parecía asegurado. Luego, en sólo once meses, la Casa de Krupp se adentró en una era tan diferente de todo lo que se había conocido en Essen hasta entonces, que el efecto fue casi intoxicante. Uno a uno los principales personajes del antiguo orden fueron muriendo. Alfred se encontraba en el cementerio de Kettwig, y en el invierno siguiente su esposa se reunió con él. Atendida hasta el final por Marga —y negándose a poner el pie en Villa Hügel, o a permitir siquiera que se celebrasen sus funerales allí—, Bertha murió casi inadvertidamente. Es indudable que su muerte no se habría notado demasiado, ya que todos los ojos estaban puestos en Berlín. En dos ocasiones la jefatura del Reich cambió de manos. El 9 de marzo de 1888 murió el primer kaiser, y el humanitario *Kronprinz* se convirtió en el kaiser Federico III. Su reinado duró exactamente noventa y ocho días. Acosado por el cáncer sucumbió el 15 de junio, y la llama del liberalismo alemán, que había alentado esperanzadoramente, se extinguió cuando el hijo de Federico, joven de veintinueve años, apuesto y con enhiestos bigotes, le sustituyó en el trono. Su propio padre había comentado que el heredero era pomposo y vano. Europa no tardaría en comprobarlo. El kaiser Guillermo II dirigió su primer mensaje, no al pueblo, sino a los militares. Con vivo lenguaje reafirmó su creencia en el derecho divino de la monarquía. «El rey —declaró—, es la suprema ley en la tierra.» El hombre que junto con Adolfo Hitler iba a ser el jefe más influyente de los Krupp, había empuñado el cetro imperial. Comenzaba así en Alemania la era del kaiser Guillermo (31).

Guillermo I aún gobernaba la patria, y Bárbara estaba en el vientre de su madre, cuando Fritz realizó su primera visita a la capital como único propietario del mayor establecimiento industrial del mundo. El nuevo jefe de la familia no parecía un rey, pero ciertamente había viajado como si lo fuera. Su tren privado salió de la Zechenbahn, de Hügel, llevando numerosos baúles atestados de trajes de ceremonia y regalos de distinta naturaleza. Su nutrido séquito estaba encabezado por Hanns Jencke; Carl Menshausen, otro director; Félix von Ende, el cuñado de Fritz, y el *Doktor der Medizin* Ernst Schweninger, el «Merlin del Segundo Reich». Fritz había proyectado ese viaje durante mucho tiempo. Le llamó «*die Fürstenrundreise*», es decir, su «viaje real». En realidad, se disponía a visitar a los principales clientes de la firma, y como todos ellos eran soberanos, le pareció adecuado dotar a la expedición de una etiqueta real. Después de una amistosa charla con *Seine Majestät*, el itinerario serpenteó por toda Europa, deteniéndose Fritz a intercambiar cortesías con el rey Leopoldo de Bélgica, con Alberto de Sajonia, Carol de Rumania, y el sultán Abdul Hamid de Turquía (32).

Cada uno de los monarcas anfitriones era, según la frase familiar, «un viejo amigo de la Casa», si bien se admite que la amistad del sultán se prestaba a controversias. Aunque en el siglo diecinueve se mantenía una actitud favorable a los caprichos reales, hasta los más indulgentes tenían que reconocer que el soberano de Constantinopla era la encarnación del terror. «Abdul el Maldito» era un individuo de roja barba que tenía gran afición a las armas cortas. Llevaba tres pistolas en el cinturón,

habitualmente, y podía trazar con ellas su nombre en una pared a veinte pasos. Para pasar el rato, se entretenía en eliminar a algunos de sus súbditos. Había exterminado a los kurdos, los licios y los circasianos del Asia menor; a los griegos de Creta, a los árabes del Yemen, a los albaneses de la costa Adriática y a los drusos del Líbano, y ahora tenía puestos sus ojos inyectados en sangre en los armenios.

Fritz, como es lógico, poseía demasiado tacto como para aludir a las cualidades genocidas del sultán, y se dirigió a él llamándole el «*Wohltäter des Türkenvolkes*» (el benefactor del pueblo turco). Abdul se presentó a la audiencia con sus pistolones, y a continuación confió a Fritz un mensaje para Bismarck —señal del papel casi oficial que los Krupp desempeñarían en los sucesivos Gobiernos alemanes—, que consideraba demasiado delicado como para confiárselo al embajador de Guillermo. Según Fritz explicó esa misma noche en una carta al Canciller de Hierro, «Su Majestad el sultán se encuentra en una situación terriblemente crítica en este momento. La clave es la cuestión búlgara. El pueblo turco y el propio sultán desean la paz, y hacen lo posible para conservarla. En consecuencia, el sultán, tanto por su propio bien como en el de su pueblo, solicita el benévolo apoyo de Su Alteza en estos difíciles tiempos» *(in dieser schweren Zeit)*. Seguían una serie de detalles, y Bismarck se dispuso a actuar en cuanto recibió la misiva del joven Krupp. Por ello, el príncipe Fernando de Saxo-Coburgo, nuevo rey de los búlgaros, no fue reconocido por Berlín (33).

De vuelta a Essen, Fritz decretó que «*alie unnötige Schreiberei vermieden und das Notwendige mündlich besprochen werde*» (todo escrito innecesario será evitado, y hasta los acuerdos fundamentales se establecerán verbalmente). Su propósito era terminar con el aluvión de notas que había caído antes sobre los talleres desde Villa Hügel. Pero los otros no hicieron caso de Fritz. Según las memorias no publicadas de Ernst Haux, el tesorero de Krupp que es nuestra fuente más valiosa para el período al que nos referimos, los miembros de la administración de la empresa «parecían oficiales de la Guardia», y trataban al heredero como a un recluta bisoño. Consideraban que el joven prefería mantenerse en un discreto segundo plano, que era precisamente donde querían tenerle. Cuando descubrieron que se proponía acabar con las notas escritas, presidiendo él mismo las reuniones, se mostraron desconcertados y luego reaccionaron. Jencke dirigió a los amotinados. El Viejo había querido que el Prokura dirigiese la firma, declaró. Su hijo no podía ofender la memoria del padre, y por otra parte, Fritz debía evitar las excesivas preocupaciones, recordando que no era un hombre con buena salud. A semejanza de Alfred, los del Prokura se habían sentido defraudados por la apariencia poco competente de Fritz. Creían que estaban tratando con un necio (34).

Pero estaban frente a un Krupp; la misma personalidad sinuosa de Fritz les indujo a engaño, aunque no tardó el joven en demostrarles que se habían equivocado. En una de sus escasas instrucciones por escrito, suavemente colocaba al arisco Jencke en su lugar: «Como es lógico, pienso prestar la atención más estricta a los contratos en vías de realizarse y a los procedimientos de administración que mi padre no pudo cumplir debido a su edad avanzada y a su escasa salud. Mis motivos, sin duda, son comprensibles.» *(Die Motive hierfür sind ja leicht begreiflich.)* (35).

Como primera medida, Fritz abolió el Prokura, el comité de administración, y lo remplazó por un Direktorium, una junta administrativa. Luego amplió el número de directores, que fueron casi todos gente joven y menos austera que los dirigentes anteriores. Por fin modificó las *Gene-*

ralregulativ de modo que se transfiriesen las decisiones ejecutivas de los directores al propietario. La regencia había terminado; un *alleinige Inhaber* se había hecho cargo una vez más de la firma. A continuación Fritz se aplicó a llevar a cabo un programa de expansión. El departamento de fundiciones de acero fue reconstruido, y se erigió una escuela técnica para adiestrar a los Kruppianer aprendices. Como el poco profundo río Ruhr no podía admitir en su cauce los gigantescos cargueros que procedían de Suecia, Fritz ordenó construir una segunda acería en un prado de unas dos millas de extensión situado en el Rheinhausen, sobre la orilla occidental del Rhin. Allí se obtendría el debido provecho del proceso básico; el establecimiento sería conocido, anunció, como el Friedrich-Alfred-Hütte. Su antigua modestia no había sido más que una ficción. En el fondo Fritz era tan ostentoso como su padre. Un visitante extranjero de Essen hizo notar lo siguiente:

> «Por todas partes se ve el nombre de Krupp: ya sea en la pintoresca plaza del mercado o sobre la puerta del enorme departamento de almacenes; bien en un monumento de bronce, en el atrio de una iglesia..., en una biblioteca, en numerosas escuelas, carnicerías, una fábrica de salchichas, zapaterías y sastrerías, en campos de juego y cementerios... Hay una cervecería al aire libre, junto a cada parque, y sobre ellas aparece claramente escrito: "Propiedad de Friedrich Krupp".» (36).

La primera generación de barones del Ruhr, que Alfred había encabezado, fueron casi unos artesanos de taller. Fritz, en cambio, el nuevo empresario, jamás tocó un yunque, y apenas llegó a verlo en su vida. Lo cierto es que raras veces se encontraba en Essen. Casi siempre estaba afuera, buscando nuevos terrenos donde desarrollar sus cualidades sinuosas, y en el quinto año de su reinado ofreció un palpable ejemplo de la forma en que podía aplastar a un antagonista que había desafiado con éxito a su madre. Hermann Gruson cruzóse por vez primera con Alfred en 1848, cuando como maestro mecánico del ferrocarril Berlín-Hamburgo, envió muestras de los ejes de Krupp a una empresa rival para que los probara. Durante casi cuarenta años los dos hombres fueron enemigos acérrimos. Las planchas blindadas de Alfred no podían equipararse con las de Hermann Gruson, y para demostrarlo, éste instaló su propio terreno de pruebas en Tangerhütte, donde los oficiales extranjeros vieron cómo los proyectiles rebotaban en los blindajes de Gruson, mientras que destruían los de Krupp. Su fábrica en la ciudad de Magdeburgo llevaba una delantera tan considerable en su ramo, que Jencke aconsejó a Fritz que se olvidara de la construcción de torrecillas acorazadas. Pero Gruson cometió un error fatal, que Krupp había evitado. Durante el pánico financiero de 1873-1874 convirtió su empresa en una compañía de accionistas. En la primavera de 1892, los poseedores de acciones de Gruson A. G. (*Aktiengesellschaft*: compañía de accionistas) se reunieron, y advirtieron llenos de asombro que Fritz Krupp se contaba entre ellos. Mientras Hermann Gruson le miraba incrédulo desde el otro lado de la mesa, el hijo de su antiguo enemigo contó los certificados. Al final, extrajo un lápiz e hizo una sencilla suma. Poseía el 51 por ciento de todas las acciones. La empresa de Gruson pertenecía ahora a Krupp. Derrotado, Hermann regresó a su casa, donde murió poco después. En la primavera siguiente, cuando Magdeburgo fue absorbida formalmente por el imperio de Essen, Krupp-Panzer se convirtió en sinónimo de plancha de acero de alta calidad en toda Europa (37).

Por aquel entonces la reputación de Krupp en cuanto a la excelencia

de sus productos ya se estaba perpetuando. Cuando un inventor tenía alguna idea verdaderamente buena, se dirigía a Villa Hügel. El 10 de abril de 1893, un ingeniero mecánico alemán de treinta y seis años se presentó con la patente número 67.207 por una nueva clase de motor de combustión interna, que empleaba la autoignición del combustible líquido. Junto con el motor llevó un texto explicando el funcionamiento del mismo, la *Theorie und Konstruktion eines rationellen Wärmemotors.* Su nombre era Rudolf Diesel, el cual insistió ante Fritz en el sentido de que «mi motor debe ser hecho de acero en su totalidad». Krupp accedió a ello, y mientras hojeaba los planos con una mano, tendía la otra hacia un contrato. Cuatro años después lanzaron al mundo el primer motor Diesel de 32 caballos. Hiram Maxim llegó también a la colina con una licencia permitiendo a Krupp fabricar sus ametralladoras, y lo mismo sucedió con Alfred Nobel, que aportó su revolucionaria fórmula de la pólvora sin humo, la balistita. Esto significaba que los soldados ya no revelarían su posición al enemigo, y que no se formarían las humaredas oscuras de antes. La pólvora sin humo era indispensable para poder emplearse la ametralladora Maxim, con sus rápidos disparos. Debido a que la balistita quemaba lentamente, proporcionando el máximo de impulso, los diseños de artillería se modificaron sensiblemente. Las piezas semejantes a grandes botellones de acero desaparecieron para siempre. Los cañones adoptaron una forma alargada y grácil... y se hicieron mucho más mortíferos (38).

Debajo de su cielo gris, el Ruhr, según las palabras de Norman Pound, «se extendía lleno de promesas» (39). El poderoso ritmo de la industrialización estaba cambiando día a día el valle. Los mineros que horadaban por debajo de los talleres, cada vez más hondo, advirtieron que las vetas de coque existentes entre Essen y Bochum eran casi inagotables. La gran vía fluvial del Rhin recibía la creciente flota de vapores y barcazas de Krupp, que desde el extranjero traían grandes trozos de mineral de hierro que iban a alimentar las bocas insaciables de los hornos. La nueva generación no creó ese fenómeno, desde luego. El carbón siempre estuvo allí. La pasión de Alfred Krupp por la integración vertical había establecido la base esencial para el crecimiento. La áspera paz de Bismarck de 1871, aportó virtualmente los relucientes florones de Alsacia y Lorena, y el cambio del canciller desde *ein Volk* a *ein Reich* suministró la cohesión política sin la cual el Ruhrgebiet hubiera sido un enorme corazón sin un cuerpo proporcionado. A estos factores había que añadir algo imponderable, que era el carácter nacionalista alemán. En el resto de Europa los trabajadores y potentados coexistían en un clima de hosca desconfianza. No pasaba eso con los *Volk;* según palabras de Churchill, «el alemán se halla siempre aferrado a nuestra garganta o tendido a nuestros pies», y en el Ruhr no hacía más que humillarse. Jamás se alzó en rebeldía, fuese cual fuere su opinión política. La mujer del alemán estaba siempre ocupada con las cuatro K —*Küche, Kemenate, Kinder, Kirch* (cocina, alcoba, niños e iglesia)—, y a los vástagos se los educaba para que siguieran el camino de los padres. En Essen no había mucho donde elegir. La ciudad, empresa fabril que Alfred había hecho prosperar, puso a cada generación tras el rastro de la anterior. Los Kruppianer nacían en las salas de maternidad de Krupp, se les enseñaba en las escuelas de Krupp, y se albergaban en casas de Krupp. Cuando contraían enlace se casaban con las hijas de otros Kruppianer, con lo que daban comienzo una vez más a todo el proceso.

Fritz no era responsable de nada de esto. Las fuerzas de expansión ya estaban en marcha cuando él entró en posesión de sus derechos de herencia. Y sin embargo, el nuevo Krupp canalizó esas fuerzas con nota-

ble destreza. Alfred no podía haberlo hecho tan acertadamente. Su ingenio era incuestionable, pero se trataba del genio de un precursor. La vida creadora del anciano había concluido realmente en Sedán. Durante los últimos dieciséis años sus locas ansias innovadoras habían estrangulado a la empresa. Lo que se necesitaba era un realizador, y nadie mejor para ello que Fritz. Al final de su sexto año en el poder ya había modernizado todas las herramientas y aparatos de sus propiedades. Los martillos pilones fueron eliminados para dar paso a las prensas de forja, las grúas mecánicas dejaron lugar a las eléctricas, los antiguos hornos cedieron el paso a los convertidores Martin (había cinco talleres Martin sólo en Essen, cada uno de ellos más amplio que la vieja Gusstahlfabrik, que también había sido reacondicionada para usarla en el procedimiento básico). Por otra parte, los dominios de Krupp iban extendiéndose en todas direcciones. Fuera de Essen la firma era propietaria de tres plantas de acero, cada una de las cuales hubiera hecho del dueño un industrial de primer orden: la Grusonwerk, Rheinhausen, y una nueva factoría situada en Annen, a seis millas al sudoeste de Dortmund, en el límite oriental del Ruhrgebiet. Además, en distintas partes del Reich, Fritz detentaba la propiedad de cuatro forjas, tres enormes minas de carbón (Hanover I, Hanover II y Sälzer und Neuack), así como de 547 campos de mineral de hierro, y el polígono de Meppen. En el extranjero, además de las minas de España, poseía las de Suecia (40).

Pero el alma de sus dominios seguía siendo Essen. Dentro de la ciudad, Krupp poseía cinco millones de pies cuadrados —unas sesenta hectáreas—, todo bajo techo. Había talleres de forja, de anillado, endurecido, pudelado, de ballestas, y salas de máquinas y calderas, así como plantas de fabricación de raíles, de planchas, rodillos y engranajes; gasómetros y depósitos de agua; hornos, fundiciones y laboratorios químicos. Año tras año los talleres de Essen devoraban 1.250.000 toneladas de mineral y producían 320.000 toneladas de Kruppstahl. Y eso era sólo la producción fabril. Además de servir a la patria como industrial, armero y diplomático, Krupp poseía otra característica en el Ruhr. Era un señor feudal que dirigía las vidas y los hogares de 43.000 súbditos suyos. Entre los supervisores del centenar de departamentos que él y sus ayudantes presidían, había jefes que administraban el sistema educativo, las fuerzas policíacas, una brigada de bomberos y una red de comunicaciones con 196 centralitas y 20 estaciones telegráficas unidas a la red imperial del kaiser. Fritz era el panadero de Essen, su carnicero y hasta el fabricante de velas. Le pertenecían 92 tiendas de comestibles, un matadero, cuatro molinos harineros, dos hoteles, dos hilanderías y varias fábricas de zapatos, de relojes, de muebles y de hielo; incluso una escuela de economía doméstica donde las jóvenes esposas aprendían a hacer más felices a los Kruppianer. Hasta las Biblias, los ornamentos y los crucifijos que se empleaban en las iglesias de la ciudad, llevaban estampada la leyenda *Bewegliche habe Fried. Krupp* (propiedad personal de Krupp) (41).

En siete años la fortuna de Fritz ascendió a 68 millones de marcos, y sus ingresos personales se triplicaron. Pero en todo ese tiempo la silenciosa máquina de la historia estaba funcionando debajo de la superficie de los acontecimientos, y para aquellos que sabían leer, hubo señales de lo que más adelante iba a producirse. Así, por ejemplo, se observó una decepcionante correspondencia en el antes próspero archivo de Thos. Proser e hijos. Ya el 25 de enero de 1888, Proser informó desde el 15 de Gold Street, en Manhattan, que había «dificultades con el Ferrocarril New York Central», debido a que W. H. Vanderbilt había sido persuadido de que algunos de los negocios ferroviarios debían revertir a la industria nacional por razones de índole política. Se presentaron quejas de que las

entregas desde Bremen llegaban con gran lentitud. Dos meses más tarde surgieron complicaciones con J. J. Hill. Prosser escribió entonces: «Le envío adjunta la carta recibida de míster Hill, presidente del St. Paul M&MRR, en la que se incluye una declaración de las millas rodadas por las llantas, y en ella podrá apreciar que el resultado de las ruedas de American Martin (Standard & Midvale) son en muchos casos casi iguales que el resultado proporcionado por las de los crisoles de usted, y en el caso de los Potentados, la llanta americana va por delante de la suya. Míster Hill siempre ha creído con firmeza en las llantas de Krupp, pero en la última entrevista que sostuve con él, me declaró que no veía ninguna ventaja en pagar un precio superior por las llantas de crisol de usted, ya que ahora se estaban consiguiendo casi los mismos resultados con las llantas norteamericanas de Martin... Afirmó que si se presentaba al mercado con un buen pedido, podía conseguir las llantas Martin por la mitad del precio de las de Krupp.» Eso fue precisamente lo que ocurrió, y aún vendrían cosas peores. Hacia el verano de 1890, Prosser informó a Essen que el acero Krupp de ferrocarriles «estaba siendo descartado como chatarra» (*). De todos modos, en el enormemente próspero Ruhr, la pérdida de los pedidos norteamericanos era sólo una bagatela. El *Werksarchiv* indica que el asunto ni siquiera llegó a tratarse en las reuniones de administración. Fritz escribió despidiéndose de Norteamérica, y compensó de sobra esa pérdida erigiendo cuatro nuevas fábricas de cañones (42).

Desde Villa Hügel, la posibilidad de que el nuevo kaiser pudiera convertirse en un izquierdista —por absurdo que parezca—, resultaba mucho más grave. El 18 de marzo de 1890, Guillermo II despidió a Bismarck y se puso a gobernar su propio Reich. La brecha que había surgido entre ellos era la legislación antisocialista del canciller. En la ingenua esperanza de atraerse a los trabajadores del SPD, el emperador propuso restringir el trabajo de los niños, hacer festivo el sábado y alentar la participación de las comisiones obreras en el gobierno de las empresas. La Prensa llamó a Guillermo «el emperador laborista», lo cual fue del agrado del soberano. Pero eso no gustó nada a Fritz, que se sintió inquieto, y después de enviarle una larga carta de protesta, se dirigió a Bismarck. El canciller se hallaba tendido debajo de uno de sus famosos árboles. Estuvo de acuerdo en todo; pero gruñó un poco y manifestó que se sentía «como un viejo caballo de circo». Había pasado por aquella situación en demasiadas ocasiones. No tenía deseos de intervenir, aparte de que en esas circunstancias poco era lo que podía hacer. Por otra parte, musitó observando astutamente a Fritz, que éste era capaz de lograr algo por sí solo. Llevaba un gran apellido, y el soberano sabía quién era. Según observó Bismarck, había una diferencia significativa entre *der Allerhochsteselber* y la Divinidad (*der Allerhöchste*, el Altísimo) (**). Aunque *Gott sieht die Person nicht an*, el joven gobernante respetaba a la gente. Fritz aceptó el consejo del canciller y dirigió su carta al palacio Hohenzollern (43).

No hubo respuesta. De haber tenido tiempo, sin duda Krupp se hubiera puesto en contacto con el kaiser por medio de sus consejeros, pero la rapidez era algo esencial. Solicitó una audiencia. De este modo la primera entrevista personal entre ambos hombres revistió un tono de fuerte

(*) La empresa siguió fabricando las llantas de Alfred hasta el 1.º de setiembre de 1939, cuando los tanques de su nieta entraron en Polonia. (WM/Alfried).

(**) Dios era el único oficial superior del que dependía el kaiser. Pero, aun así, Guillermo parecía insubordinarse a veces. Cierto lunes, Der Reichsanzeiger hizo notar que el día antes en la iglesia, el «Más Alto presentó sus respetos al Altísimo». El 11 de noviembre de 1918, en Alemania hubo quienes opinaron que el Todopoderoso estaba perdiendo un poco de sus derechos. Tal vez era así.

ironía. Guillermo, que en el fondo se preocupaba muy poco por la suerte de los trabajadores, aparecía como su defensor, mientras que Fritz, que odiaba las intemperancias, tuvo que hablar con energía al emperador. El *Sozialprogramm* era inaceptable, dijo Krupp, y citó las propias palabras del kaiser: «Sólo un hombre es el dueño de las tierras, y ése soy yo» *(Nur ein Mann ist Herr des Landes, un das bin ich)*, y le miró inquisitivamente. «*Ja?*», preguntó. «*Jawohl*», repuso Guillermo, distraído. Muy bien, dijo Fritz; entonces un patrono debe ser «*Herr in eigenen Haus*». Estaba citando a su propio padre, y Alfred se hubiera sentido orgulloso de Fritz. Aquellos años de los asedios del escritor estaban dando su fruto. El Más Alto se acarició el ridículo bigote, y Fritz siguió hablando rápidamente. Dijo que si no podía dirigir sus fábricas a su modo, debería trasladarse a otra parte (otra cita tomada directamente del archivo paterno). Además, arguyó, la condescendencia con los perezosos trabajadores no haría más que alentar a los socialdemócratas. Cuando se les daba un centímetro, se tomaban un metro. Krupp castigaba a los Kruppianer desleales con toda severidad, y esa política le daba muy buenos resultados (44).

El kaiser no se inmutó, Fritz abandonó el palacio creyendo que había fracasado. Pero en las siguientes elecciones, Krupp se vio reivindicado. Ante el asombro de toda Europa, el rehabilitado SPD obtuvo cerca de un millón y medio de votos, es decir, uno por cada cinco emitidos, y ganó treinta y cinco asientos en el Reichstag. El emperador se hallaba fuera de sí. En las siguientes declaraciones que hizo tildó a los socialistas de «pandilla de traidores» que «no merecían el nombre de alemanes». Los miembros de cualquier partido que criticasen al «Más Alto Gobernante debían ser desarraigados hasta la última raíz», pues eran «vagabundos sin patria» *(vaterlandslose Gellesen)*. El iracundo emperador se olvidó de los niños, del sábado festivo, y de nombrar representantes obreros en los *Direktorium*. En lugar de ello comenzó a estudiar las estadísticas industriales. Pero éstas le dejaron perplejo. La producción del acero del Reich estaba aumentando siete veces más rápido que la de Gran Bretaña —los fabricantes de acero germanos estaban en segundo lugar, sólo después de aquel remoto prodigio que eran Estados Unidos—, y el hombre que pagaba los impuestos más elevados en el imperio era F. A. Krupp, de Essen. Sus impuestos eran aún más crecidos que los del propio kaiser (45).

Entretanto, Guillermo se vio obligado a acudir en defensa de la artillería de Krupp, entre el mismo elemento oficial que le rodeaba. El asunto resulta difícil de creer, pero a pesar de todo, allí está, escrito en los documentos privados de Friedrich von Holstein, el que fuera subordinado de Bismarck y genio maléfico de la política exterior alemana. Cerca de veinte años habían pasado desde la guerra franco-prusiana, y el ejército aún seguía alabando el cañón de bronce. El 21 de setiembre de 1890, un diplomático prusiano escribió a Holstein acerca de una entrevista entre el kaiser, el canciller Von Caprivi, y el general Julius von Verdy de Vernois, nuevo ministro de la Guerra de Guillermo. «El canciller —informó Holstein—, me dijo que se había producido un nuevo acontecimiento en la disputa entre el bronce y el acero, en la que S. M. se había puesto del lado de Krupp, y abogó por el acero colado, mientras que Verdy respaldaba al bronce. Los partidarios del bronce insistían constantemente en el hecho de que ese metal no se resquebrajaba. Pero tres cañones de bronce se han agrietado recientemente. El canciller me dijo: "Es un gran triunfo para S. M."» (46).

También era un éxito para Fritz, si bien uno se pregunta qué podían hacer tres cañones de bronce en el ejército en fecha tan avanzada. Su

Majestad carecía de la paciencia de su abuelo y el 1.° de octubre despidió a Verdy. Poco después Fritz se convertía en el recipiendario favorito de la correspondencia imperial. El kaiser quería hacer algunos cambios. Aunque nunca llegó a saberlo, eligió el peor de los métodos. Comprensiblemente, Fritz había desarrollado en el curso de su vida una profunda aversión hacia la prosa florida. Ante su horror, pudo advertir que Guillermo era un corresponsal infatigable. Habiendo enterrado a un escribiente empedernido, el joven Krupp se veía abrumado ahora por otro, el cual le bombardeaba con tan profundos consejos como éstos:

«Für tausend bittere Stunden sich mit einer einzigen trösten, welche schön ist, und aus Herz und Können immer sein Bestes geben, auch wenn es keinen Dank erfährt.»

«Confórtate de mil horas amargas con una que sea dulce; da lo mejor que el corazón y el cerebro puedan ofrecer, incluso cuando no haya agradecimiento.»

«Die Welt ist gross und wir Menschen sind so klein, da kann sich doch nicht alles um einen allein drehen.»

«El mundo es tan grande, y nosotros los hombres tan pequeños, que escasamente puede esperarse que el universo se preocupe de un solo individuo.» (47).

No sólo se trataba de frases triviales, sino que también eran plagiadas. Guillermo bien podía haber sido hijo de Alfred Krupp, pues había copiado laboriosamente horrendos párrafos de la obra de Ludwig Gandhofer, un novelista de ínfima categoría de fines de siglo pasado. Y lo peor del caso es que el kaiser no creía nada de cuanto escribía. Se hallaba convencido de que el universo estaba pendiente de un solo individuo, él mismo, y cuando en una carta posterior escribió minuciosamente *«Wer misstrauisch ist, begeth ein Unrecht gegen andere und schädight sich selbst»* (Los recelosos son culpables de injusticia para los demás, y sólo se dañan a sí mismos), el mareado Krupp sospechó que el amanuense de Berlín debía estar insinuando algo (48).

Dejaba entrever que no convenía perder el tiempo, sino que valía más hablar de artillería. Fritz aceptó la sugerencia con toda celeridad. Había tratado de resolver la querella de medio siglo que existía entre la Casa de Krupp y el *Offizierskorps*, pero el rencor aún persistía. Todo había sido probado: invitaciones al polígono de Meppen, ofertas para experimentar nuevas armas, y precios especiales. Ninguna de las estratagemas dio resultado, y cuando el kaiser preguntó si tenía que presentarle alguna queja, Krupp respondió que tenía muchas. ¿Por qué el ejército alemán desdeñaba sus pruebas de tiro? ¿Por qué el Reich efectuaba sus pedidos de cañones en el último minuto, insistiendo en que la entrega fuera inmediata? ¿Por qué el Ministerio de la Guerra se negaba a recibir a los ingenieros de Krupp? Guillermo le miró perplejo. ¿Era verdad todo eso? Fritz manifestó que se alegraba de que el Más Alto le hubiera hecho esa pregunta, porque casualmente tenía unos cuantos planos en el bolsillo, los cuales se referían a una pieza de campaña de fuego rápido que empleaba la pólvora sin humo de Nobel. Los soldados alemanes no serían capaces de examinarlos pero tal vez su comandante en jefe tuviera algún momento libre para echarles una ojeada. El kaiser lo hizo, y al momento quedó impresionado. En seguida apartó los planos y comenzó a golpear con el puño en la mesa, gritando que quería ver inmediatamente a su

Estado Mayor. El *Generalstab* había gozado de un millar de horas gratas a costa de Krupp; ahora les tocaba a ellos pasar el trago amargo. Al día siguiente, el Viernes Negro, como le llamaron, recibieron la orden de presentarse ante el kaiser. Mientras Fritz permanecía sentado en silencio, con la mirada ausente, como si estuviera pensando en las garzas egipcias, Guillermo hizo descender sus furias particulares sobre sus soldados. En voz alta les exigió que adoptasen la nueva pieza de fuego rápido, que enviasen misiones regulares a Essen, y que asistieran a todas las pruebas que se efectuasen en Meppen. Para asegurarse de que le obedecían, él mismo cabalgaría hasta el polígono de tiro de vez en cuando. El paseo le alegraría, al mismo tiempo podría librarse de los Junker tercos y burócratas, y por último, éstos *sich... etwas vorschiessen lassen,* aprenderían a disparar (49).